

25

SANTLEY, Joseph

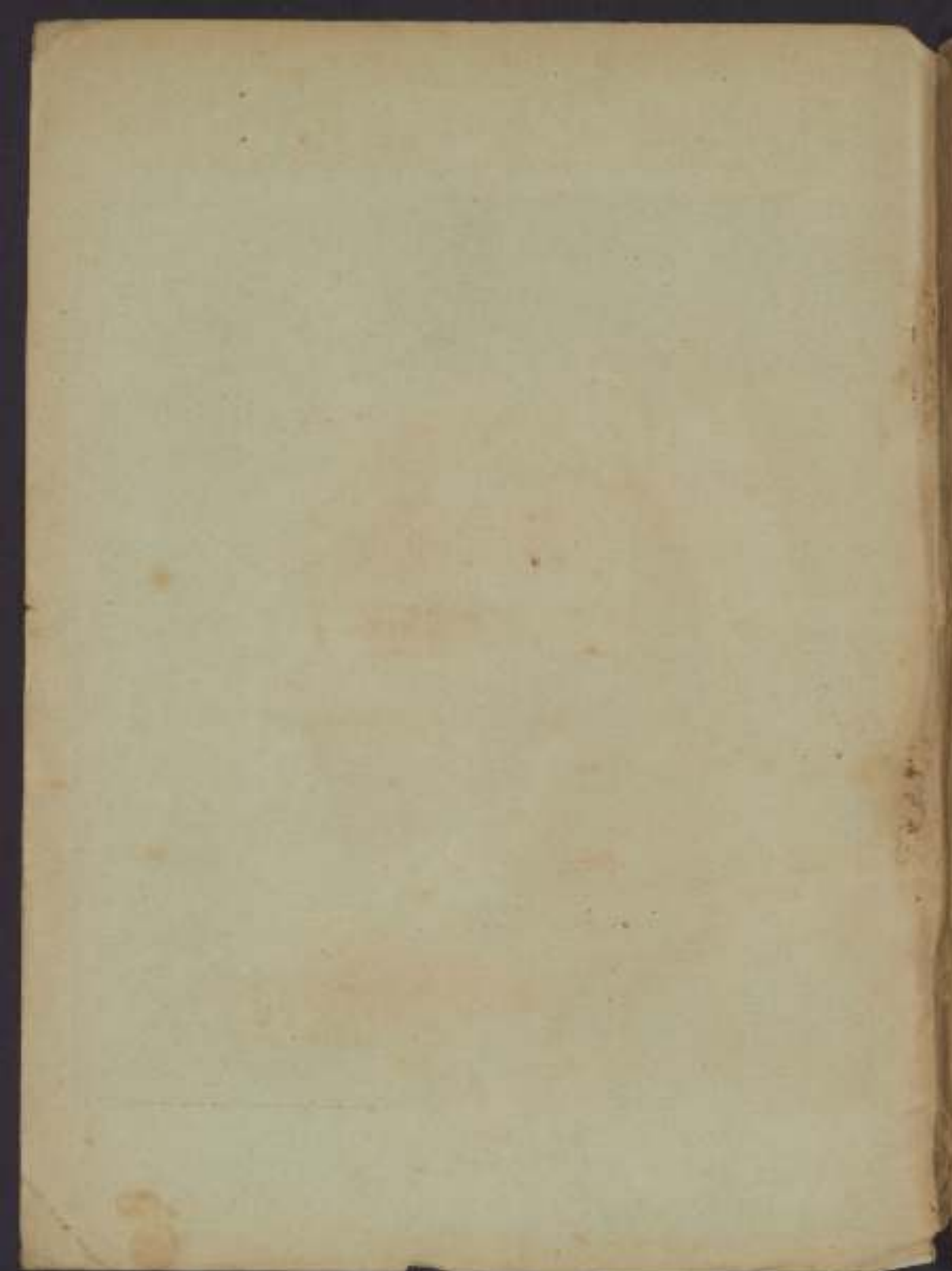
# CUPIDO SIN MEMORIA



ANN SOTHERN

Editorial **ALAS**

EDICIONES  
BIBLIOTECA FILMS





---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Fundador y Director: RAMON SALA VERDAQUER

Director literario: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correo, 707 - Tel. 70667 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Sanja, 14 y 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación Semanal

Año XVI

Núm. 289

## CUPIDO SIN MEMORIA

(THERE GOES THE GROOM, 1937)

UNA producción americana, de gran ironía, ambientada en el gran mundo, con sus aventuras, sus originalidades y su vida deliciosa. Una pareja que aunque en algunos momentos parece enamorada en otros está muy lejos de lograr el final que se proponen. El quiere a otra mujer, y ella le quiere a él. Todas las situaciones son de un especial atractivo, mientras la novela llega hasta el fin sin perder un solo momento su intensidad emotiva, y logrando la felicidad de la pareja que al fin está sinceramente enamorada.

CREACIÓN DE LOS ARTISTAS

**ANN SOTHERN-BURGESS MEREDITH**

Superproducción R. K. O. RADIO FILMS

Sucursales:

Madrid  
Bilbao  
Sevilla  
Valencia  
Las Palmas  
Palma de Mallorca  
Portugal



Distribuida en España por

**RADIO FILMS**

Paseo de Gracia, 76-BARCELONA

INTÉRPRETES PRINCIPALES

*Betty Russell* . . . ANN SOTHERN  
*Janet* . . . . . Louise Henry  
*Dick Matthews* . . . BURGESS MEREDITH  
*Joel Becker* . . . . Onslow Stewens  
*Hank* . . . . . William Brisbane  
*La madre* . . . . . Mary Roland

---

*Productor:*

ALBERT LEWIS

*Argumento:*

DAVID GARTH

*Fotógrafo:*

MILYON KRESNER

*Director artístico:*

VAN NEST POLGLASSE

---

---

*Argumento novelado por*

CECILIA A. MARTIN

# CUPIDO SIN MEMORIA

RESUMEN NOVELADO  
DE LA PELÍCULA

## UN HOMBRE ENAMORADO

**D**ICK Matthews, el héroe de la historia que vamos a narrar, es uno de los hombres más ingenuos que han existido. A pesar de ser americano y de estar educado a la moderna, Dick Matthews tuvo la debilidad de enamorarse siendo muy joven de una muchacha preciosa, Janet Russell, una criatura encantadora que demostró corresponderle. Dick, para conseguir el amor de Janet y ser su marido, era capaz el día que se le declaró de realizar las aventuras más inverosímiles. Y así lo hizo, en efecto. Janet demostraba ser hija de una familia de las más distinguidas de San Francisco y ocupar una posición brillantísima.

Esto era, por lo menos, lo que parecía, y Dick Matthews era tan sólo un muchacho que acababa de graduarse en la Universidad, sin otra fortuna que su amor tumultuoso y apasionado.

Al darse cuenta que el día que fuera a pedir la mano de su hija a la señora Russell, se encontraría con una solemne negativa como respuesta, decidió hacer fortuna, y para ello, siguiendo las reacciones de su carácter emprendedor, se marchó a Alaska, consiguiendo, a los tres años de encontrarse en aquellos parajes, poseer una mina de oro y ser dueño de un soberbio yate, al que puso el nombre de Janet.

Cumpliendo su promesa a la joven, el día 18 de junio tenía que presentarse en San Francisco, ya que era el aniversario que le dio a Janet para volver a su lado y casarse con ella. Durante tres años ha vivido Dick Matthews con la ilusión de casarse con Janet, convencido de que la deliciosa mujercita le ha esperado fielmente.

El día 15 de junio se encuentra en alta mar, navegando a toda marcha en dirección a San Francisco, con el corazón saltándole de su pecho. Faltan dos días para cumplirse los tres años, y allí le esperará Janet, en el Club universitario, debajo del más frondoso roble del parque. La noche será de luna llena, como aquella en que ella le prometió esperarle hasta que volviera de Alaska, rico, para casarse con ella.

Durante los años que Matthews permaneció en Alaska, conoció a un hombre bondadoso y bueno, llamado Hank, que le salvó de morir bajo un desprendimiento de nieve un día de borrasca. Hank aborrece a las mujeres y no puede comprender cómo Dick ha podido pasarse la mayor parte del tiempo que le conoce hablando de esta maravillosa Janet que, en realidad, supone Hank no será tan atractiva como Dick quiere venir a demostrar.

La tarde del día 15 de junio, el yate surca las aguas cercanas a San Francisco a toda velocidad. Dick ha ofrecido a la tripulación de su yate una gratificación espléndida si el día 18 llegan a San Francisco, y a la expectativa de cobrar una magnífica cantidad de dólares, los marineros van a todo vapor.

Dick, en el interior de su modesta cabina, ya que es un muchacho sumamente sencillo, escucha con entusiasmo un melodioso «fox blue» en su gramola, el magnífico baile que interpretaba la orquesta la noche en que Janet le dio el ansiado sí. Hank, que desde hace dos años no cesa de escuchar la misma musiquita, comienza a protestar ruidosamente:

—¿Otra vez? Cuidado que nos has dado latazo con esa dichosa conción. La cantaban ya hasta los esquimales.

—¿Verdad que es muy bonita?

—Sí... preciosa...—dice Hank, de mala gana.

—Me recuerda la noche que me declaré a mi novia.

—Y a mí me recuerda las moras...

—Hace tres años que me declaré...

—Haré tres años pasado mañana, dirás...

—Eran las once de la noche— continúa Dick imperturbable—, y nos detuvimos a la sombra de aquel roble. ¡Cómo lo recuerdo!...

—Oye, ¿estás seguro de si se acordará ella?

—Claro. ¿No te acuerdas de la carta que te leí?

—Sí, no vuelvas a leerme la. Esa carta que a ti te emociona tanto, a mí me resulta más pesada que tres ballenas con reuma.

—¿Qué entiendes tú del amor, Hank?

—Lo bastante para odiarlo con todas mis fuerzas.

Dick Matthews no responde a su leal compañero, y dejándose mecer por el arrullo del barco, se siente intensamente feliz. Por otra parte, a los pocos momentos, no pudiendo permanecer en aquella inmovilidad, se apodera del timón y rápidamente el buque, surcando las aguas, acelera todavía más su marcha. San Francisco de California está a la vista del enamorado Dick Matthews, que no anhela otra cosa que llegar cuanto antes junto a su prometida, la mujer de quien está locamente enamorado.

Los recuerdos persiguen insistentemente al pobre muchacho que al pensar en sus días difíciles, siente hoy acrecentar su amor, por aquella adorable Janet, que le exigió

consiguiera la fortuna si quería aspirar a su mano.

Cuando Dick Matthews conoció a Janet, era simplemente un estudiante recién graduado, sin porvenir, y sin una situación brillante que ofrecerle. Janet, demostró recibirle con agrado, pero se negó a casarse con él. La hermosísima luz brillante de aquella noche maravillosa fué el mudo testigo de sus promesas, mientras Dick la enlazaba entre sus brazos, bajo el roble famoso y secular que tenía que ser el único que presenciara aquellos esponsales.

A los pocos días partía Dick para Alaska, y durante todos esos años, no se levantó una sola vez de la cama por las mañanas, mientras escuchaba el ronquido persistente del buen Hank, sin repetirse a sí mismo, que volvería cuanto antes y así que pudiera junto a su Janet adorada, a la que no olvidó ni un solo día.

Las noches radiantes bajo la luna eran para él la prolongación de aquella tibia noche de amor en los jardines del club mientras ella le prometía que sería su mujercita.

Así pasaron los meses y los años; alguna vez su cabeza alimentaba la duda de que Janet le hubiera olvidado, pero su corazón le respondía inmediatamente, latiendo agitada-

mento, mientras la más extraordinaria ilusión se apoderaba de sus sentimientos.

La proximidad del lugar donde tenía que encontrar de nuevo a Janet le alteraba nerviosamente, y el arrullo del barco con la epilepsia de sus máquinas moviéndose en el interior, le repetía junto al oído como

un ritornelo monótono: «Janet, Janet, Janeta».

Hank, que estaba plenamente convencido de la buena fe de su joven amigo, permanecía desesperado seguro del disgusto que se le preparaba al ilusionado novio de Janet Russell. El barco surcaba velozmente las aguas de San Francisco...

## LA FAMILIA RUSSELL

**E**L día de la llegada de Dick Matthews a San Francisco, la aristocrática familia Russell se encuentra pasando uno de aquellos característicos momentos de apuro económico tan frecuentes en ellos. Los que le hicieron creer al inocente Dick Matthews que eran una familia riquísima, que para aspirar a la mano de una de sus hijas era preciso poseer una inmensa fortuna no son otra cosa que unos vulgares ventajistas. La señora Russell, desde que se quedó viuda, ha logrado echar adelante a sus tres hijos. El varón, Potts, es un haragán que vivió toda su vida sin trabajar. Janet, orgullosa y presumida, ha sacado partido de su extraordinaria belleza para ver de pescar un marido, no

habiéndolo logrado hasta ahora, a pesar de pasar desde hace tiempo de los veinticinco años. Betty, la menor, es la mejor de la casa. Betty Russell, que cuenta diecinueve años, es un encanto de chiquilla, rubia y bonita, es leal y buena. Reprobando extraordinariamente la forma de vivir de los suyos con los que no puede luchar, Betty comprende el carácter de su hermana Janet, y sabe positivamente que no quiso nunca a Dick Matthews. Betty, en cambio, cuando tenía quince años, se enamoró de Dick, y si no hubiese sido porque desde los primeros momentos se dio cuenta de lo mucho que éste se había enamorado de su hermana, hubiera hecho lo posible para dárselo a comprender, pero al au-

sentarse Dick intentó olvidarse de él para siempre.

El día que llega a San Francisco Dick Matthews, Janet se encuentra en casa de su prometido, el doctor Becker, una nueva víctima de Janet, que a falta de otra mejor tendrá por último que echar mano de él. El doctor Becker, que adora a Janet, cree en la sinceridad de la hermosísima joven como ayer creyó el loco de Dick Matthews.

Dick, con la precipitación en cuanto ha tocado en el muelle de San Francisco, no ha pensado en autocentrarse; todo lo contrario, impulsado por el deseo de ver cuanto antes a la que cree su prometida, no se da cuenta de que su traje no está impecable ni mucho menos. Además, al momento de saltar del yate cayó sobre un buen hombre que llevaba un cesto de pescado, derramándose todo el contenido del canasto sobre su traje, que ha añadido al ser pasado de moda un desagradable olor de pescado.

Dick y Hank se han metido en un taxi a toda prisa. Al avanzar el taxi por la avenida, el corazón de Dick palpita furiosamente. El bueno de Hank, al verle se indigna.

—Dentro de unos instantes la estrecharé entre mis brazos.

—Suponiendo que te lo permita.

—Qué sorpresa se llevará cuando

vea el yate y le diga: ¿lo quieres, nenita?

—¿No temes que lo rechuse?

—Hank, tú hablas así porque no conoces a Janet. Estoy rablando por verla.

—Quizá ese tipo diga lo mismo que tú.

Estas palabras las ha dicho Hank, porque, ante la puerta de la casa de la familia Russell, un hermoso coche particular deja oír escandalosamente la llamada de su claxon.

Al momento de saltar del coche Dick, se abre la puerta de la casa y sale de ella una joven encantadora que no imagina Dick quién podrá ser. La hermosísima criatura, que no es otra que Betty Russell, sube al magnífico coche, en cuyo volante hay un joven que la espera.

Si Dick tuviera la virtud de ver a través de las puertas, quedaría asombrado del terrible cuadro que hay detrás de la de la casa. La señora Russell, la extravagante dama que no abandona jamás su actitud teatral, lleva más de media hora al teléfono hablando con el Banco. Por falta de fondos se negaron a pagarles un cheque. Potts, el hijo mayor, se pelea a brazo partido con su madre para mirar de arrancarle el auricular; ha de llamar al Club y le es imposible aquella noche ponerse en contacto con él, seguro de que

su madre no abandona el aparato. Betty, antes de salir, ha pedido cinco dólares, que Janet le quitó, y en medio de tan monumental algarabía, la llamada discretísima de Dick no es casi atendida. Una camarera nueva de gesto avinagrado, va a abrirle la puerta. Al ver a Dick Matthews tan mal trajado y lanzando aquel desagradable olor a pescado, le corta en seco, diciéndole:

—No queremos pescado.

Dick Matthews no se intimida y llama de nuevo, seguro de que se trata de una confusión.

—¿Está en casa la señorita Russell?

—¿Cuál de ellas, la señorita Janet?

—Sí, esa.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque quisiera verla.

—¿Por qué?

—Porque soy Dick Matthews: hace tres años que estoy ausente. Además quisiera ver a Potts. Soy compañero suyo; estudiamos juntos, haga el favor de avisarles.

La avinagrada doncella, que no fía mucho de las palabras de Dick, le corta secamente:

—Bien. Les avisaré. Espere aquí.

Entretanto, Potts, junto a su madre, insiste desesperado:

—Mamá, suelta el teléfono; tengo que llamar al Club.

—Potts, deja ya de gritar—exige su madre, que no entiende una palabra de lo que le dicen a través del auricular.

—Llevas media hora hablando.

—¡Oh! Potts, hijo mío, qué humillación más atroz.

—Pero, ¿qué ocurre?

—El Banco reclama trescientos dólares.

Betty, que ha presenciado desde el coche de su admirador la llamada a la casa de Dick Matthews, se queda unos momentos mirándole fijamente y dudosa:

—Ese parecería Dick Matthews.

A lo que su pretendiente, sin hacerle el menor caso y de mal humor, exclama:

—Bueno, ¿Y qué?

—Sí, estoy segura de que es Dick Matthews—añade Betty, mirándole fijamente mientras espera— Voy a cerciorarme.

Pero el enamorado joven, que ya llevaba esperando casi una hora, obliga a la bellísima Betty a sentarse en su coche:

—Eso yo no lo consiento. ¿Quién diablos es Dick Matthews?

—Un hombre de quien yo estuve enamorada a los quince años.

Dick, al ver que la criada se ha dejado la puerta entreabierta, entra en la casa, al tiempo que Potts se da cuenta de él. Al verle, Potts no

puede evitar el sentir un momento de alegría: Dick le recuerda las felices épocas que en su casa no se pasaban tan crueles apuros económicos. Dick, al verle, le llama amistosamente desde el vestíbulo. Potts corre hacia él, estrechándole la mano afectuosamente:

—¡Si es mi antiguo compañero Matthews! ¿Qué tal, cuándo llegaste?

—Hoy... Ahora mismo... ¡Hola, Potts!... ¿Quieres hacerme un favor?

Al oír estas palabras, Potts frunce el ceño y responde con alguna acritud:

—Con gusto, pero ando mal de dinero.

—No, no es eso. Quisiera saber dónde está Janet.

—¿Janet? Fué al médico.

—¿Está enferma?

—No, nada serio, anda solamente un poquito acatarrada.

Desde el salón del primer piso, la señora Russell llama a su hijo para averiguar quién es aquel intruso que, oliendo a pescado, se coló bonitamente en su casa. Potts, con una excusa, deja a Dick esperando, y atendiendo a la pregunta de su madre le responde:

—Es Dick Matthews, mi condiscípulo.

—¿Aquel que se fué a Alaska en busca de oro?

—Sí, creo que sí—responde distraídamente Potts.

—¿Sabes si lo encontró?

—No sé. Por su aspecto no lo parece. Aun me debe veinticinco dólares, pero creo que será inútil pedirselos.

—Echale sin contemplaciones.

Potts baja la escalera decidido a echar a Dick. Es inútil perder el tiempo con este majadero que ha venido a complicar más aún la situación del momento.

—Lo siento, Dick... No puedo atenderte ahora, Janet y Betty no están en casa... yo estoy muy ocupado y...

—Sí, sí... Comprendo—asiente Dick resignado—. He venido porque quería llevar a Janet al baile de esta noche. ¿Vas a ir tú?

—Sí, iré... Pero no olvides que hay que ir de etiqueta...

Estas palabras las ha dicho Potts después de mirar despreciativamente el sencillo traje que lleva Dick, un vestido pobre y mal cortado que lanza unas emanaciones a pescado no muy agradables. Dick, comprendiendo lo que con sus palabras quiere decir Potts, le tranquiliza:

—No te preocupes, ya encontraré un traje de etiqueta que poner-

me. Dime... ¿Sigue el roble aquel donde antes?

—¿Qué roble?

—Aquel que estaba junto al chalet.

—Sí, creo que sí...

—¡Magnífico! Bueno, me retiro. ¡Ah! A propósito; en una ocasión me prestaste veinticinco dólares...

Potts, creyendo que Dick insistiría en sus peticiones de dinero, pone un gesto agrio para evitar volver a la carga, pero Dick, que piensa hacer precisamente todo lo contrario, toma de su bolsillo un puñado de dólares y se dispone a pagarle su deuda:

—Toma, aquí los tienes, y muchísimas gracias.

Potts se queda profundamente asombrado al darse cuenta de la sencillez con que maneja los billetes Dick Matthews.

La señora Russell, que estaba vigilando la oscura desde lo alto de la escalera, baja precipitadamente, diciéndole al joven con gesto afectado:

—¿Dick Matthews, cuánto me alegro de verle!... Le hemos echado mucho de menos.

Dick, al ver a la señora Russell, deslumbradora con su bata de casa y su cuidado maquillaje, no puede evitar el lisonjearla:

—Usted está muy bien conservada...

—Invita a Dick a cenar, hijo mío. ¿Dónde se aloja usted ahora?

—En mi yate — responde Dick sencillamente, ignorante del efecto que producirán sus palabras en una familia tan egoísta—. No se lo digan a Janet. Este yate es para ella, le puse su nombre...

—Entonces, ¿encontraste oro? — pregunta la señora Russell, tan emocionada que casi no puede pronunciar claramente las palabras.

—Sí; fué una suerte. Quiero dar una sorpresa a Janet.

—Será una sorpresa maravillosa, no le diremos nada...

—Adiós, señora Russell. Adiós, Potts, hasta la noche.

—Adiós, Dick...

Cuando el joven ha salido, la señora Russell mira a su hijo tan turbada que no acierta a reaccionar. Potts ha quedado con los ojos abiertos. La señora Russell, para cerciorarse de si sueña o está despierta, le pregunta a Potts:

—¿Oíste lo que dijo? ¿Lo oíste bien?

—Pues claro que lo oí, mamá; voy a prevenir a Janet, hay que avisarla...

Corriendo, madre e hijo se apoderan del teléfono y marcan el número del doctor Becker, esperando

anhelantes que Janet se ponga al aparato.

Janet, que en aquellos momentos se encuentra sobre las rodillas de su prometido mirando los dibujos de la futura casa donde tienen que vivir, no espera que una llamada telefónica de su familia le traiga noticias tan halagüeñas. El doctor Becker toma el aparato y al enterarse de que la llamada es para Janet, le pasa galantemente el auricular.

Potts, nerviosamente y atropellando las palabras, tiene prisa para informar a Janet:

—Janet, ¿estás ahí, eres tú?

—Sí, yo, Potts, ¿qué quieres ahora?

—Janet, oye y calla. Ha llegado Dick Matthews, ha traído un yate y ha hallado una mina de oro.

Janet, desprevenida, no comprende una sola palabra de lo que le dice su hermano.

—No, te he entendido. ¿Quieres hacer el favor de repetirlo?

—Dick Matthews tiene un yate y una mina.

La bellísima Janet Russell es una criatura excepcional que, orientada perfectamente por su madre, sabe fingir a maravilla. Los músculos de su cara no se alteran, tan sólo un leve temblor de sus párpados que pasa inadvertido a su enamorado

doctor, es lo que delata emoción contenida. Janet, para preparar la situación de la noche, cuelga el aparato sin añadir una sola palabra más y le dice melosamente a su prometido:

—Potts cree que no podrás llevarme al baile de esta noche.

—¿Y por qué te dice eso tu hermano? ¿El qué sabe?

—Dice que tendrás que atender a tus pacientes.

—¡Caramba, qué considerado se ha vuelto de pronto Potts con mis pacientes. Esta noche tú bailarás conmigo. Espera que voy a llamarle.

—No te preocupes, no tiene importancia—responde la astuta Janet, besándole en la frente—. Sigamos viendo esos proyectos de decoración.

Y el bueno del doctor Becker, sin temer que sobre el cielo de su amor se están formando nubes de tempestad, mira amorosamente a su bellísima prometida, que en aquellos momentos, en lugar de mirar los dibujos, piensa mentalmente en el yate y en la mina de oro de aquel muchacho olvidado que un día le juró al pie de un roble que volvería para casarse con ella y que lo ha cumplido.

Janet Russell quiso en realidad en aquellos días lejanos a Dick Matthews, y si no hubiera sido por el

temor que su madre le ha inspirado siempre, Janet Russell, hubiera seguido al joven en su lucha por la conquista del oro en la mina de Alaska, hoy al encontrarse en la violentísima situación de verse prometida con un hombre al que en realidad no amó jamás, sino que era considerado un brillante partido por su madre, acude a todas las estratagemas, para no inspirar sospecha.

Janet, quisiera encontrarse a solas con Dick Matthews para hacerle comprender todo lo ocurrido, pero

las horas vuelan con increíble rapidez y dentro de unos momentos tendrá que enfrentarse con Dick Matthews, el muchacho joven y tímido que por el amor de ella logró poseer una brillantísima situación.

Y mientras Janet Russell viste su mejor traje de baile, su hermanita Betty la mira con sus hermosísimos ojos azules como censurándola silenciosamente por su deslealtad. Janet, es en estos instantes verdaderamente digna de lástima porque no sabe qué partido tomar.

## EL BAILE DE GALA

**A**L llegar la noche, díriase que la luna brilla más luminosa que nunca para honrar la llegada de Dick Matthews a San Francisco. Es una noche estival maravillosa. Una noche en que los jardines del Club donde ha de celebrarse el baile lanzan la fragancia de sus flores y el ambiente rebosa tranquilidad, romanticismo y belleza. Una orquesta toca sus melodiosos baillables, y en todos los rincones del jardín pasean las parejas enlazadas del brazo enamorándose.

Los Russell, acompañados del doctor Becker, hace mucho rato que se encuentran en la fiesta. La emoción de la familia es enorme. Janet espera de un momento a otro que aparezca Dick Matthews, y no sabe

cómo preparar la situación. El doctor Becker, ignorando lo que acontece, baila con su prometida, Janet, arrobado por la música y por la dulzura de la noche. Betty, que es la que siente mayor emoción al saber el retorno de Dick, sufre por él pensando el disgusto que le espera al saber que su hermana se halla comprometida con otro.

Potts, que tampoco las tiene todas consigo, le pregunta inquieto a su madre, que es con la que baila en aquellos momentos:

—Mamá, ¿qué hará Janet cuando llegue Dick?

—Pues, no sé... yo creo que podré arreglarlo... Tengo confianza en ello...

El corazón de Dick salta entretanto dentro de su pecho, latiendo

Desordenadamente. Al acercarse por la carretera, al aproximarse en el taxi que le conduce al lugar donde se celebra el baile, diríase que se vuelve loco de emoción. Hank, que le acompaña, teme que no sufra el pobre muchacho un atroz desengaño. Hank, hombre rudo de Alaska, tiene un corazón de niño y quiere sinceramente a Dick, por haber compartido los tiempos crueles de las primeras luchas con la fría aridez de aquella tierra, que hoy los recompensa con el hallazgo de una mina que les ha hecho fabulosamente ricos. Dick, al admirar el paisaje, le dice a su amigo:

—Todo sigue igual que aquel día. La misma luna, la misma... El mismo paisaje... ¡Hank!—exclama de pronto el muchacho, exaltándose—, aun sigue allí.

—¿Qué sigue allí? — pregunta Hank extrañado.

—El árbol. ¡El árbol!... El roble soñado... ¿Quién hay debajo del árbol?... Hay una chica, Hank, está allí, esperándome...

—Sin hacer caso Dick Matthews de las reconvenciones de Hank, salta del coche creyendo que encontrará esperándole a su Janet adorada, la que aquel día lejano que hoy se cumplen tres años le prometió ser su esposa.

Pero al llegar bajo el árbol sufre Dick una desilusión atroz. La joven que le espera, aun siendo muy bonita no es su Janet. La joven es rubia y tiene un rostro angelical... Dick, al verla de espaldas y creyendo que era Janet, la estrecha entre sus brazos, pero al volver el rostro la suelta rápidamente:

—Perdone... Yo creí que... Usted dispense...

Al hacer ademán de alejarse, le sorprende la voz trémula de la encantadora muchacha, que le pregunta:

—Dick Matthews, ¿no te acuerdas de mí?

La que Dick ha encontrado bajo el roble es Betty, la hermana menor de Janet, que se había alejado unos momentos del barullo de la fiesta. Al ver que la muchacha le conoce, Dick Matthews quiere ser galante y fingir recordarla también:

—Sí, sí... desde luego que me acuerdo... Hola...

—No, no me recuerdas, Dick—responde la hermosa joven desilusionada.

—Sí... tú eres... sí, me acuerdo.

—¿Recuerdas la noche aquella?

—Por supuesto—responde Dick, que no sabe de qué noche le habla— Me alegro mucho de volver a verte.

—Aquella noche también brillaba la luna lo mismo que hoy.

—Sí, había luna... claro...

—¿Recuerdas lo que me dijiste?

—¿Lo que te dije?

—Sí... ¿te acuerdas?

—Sí, era una noche de luna y te dije—continúa el pobre Dick, sin saber cómo salir del atolladero—: ¡cómo brilla la luna!

—Dick — exclama seriamente Betty— Yo soy Betty Russell, la hermana menor de Janet.

—¡Oh!... Betty, eres tú...—responde sinceramente admirado del cambio producido durante estos años en la joven—; entonces eras tan chiquitina...

—No tanto... Pasaste unos días con nosotros durante las vacaciones. Te escribí una carta amorosa y la eché por debajo de tu puerta. Estaba tan enamorada de ti...

—No lo sabía...

—Sí lo sabías. Me dijiste que cuando tuvieses diecinueve años volverías para casarte conmigo.

—Hablaré cuando los tengas—responde Dick cortésmente y deseando terminar aquel diálogo que ya le está enojando.

—Los cumplo pasado mañana, Dick...

—Pues que los tengas muy felices...

Y sin hacer caso del gesto compungido de aquella muchachita deliciosa, Dick Matthews se dirige apresuradamente a la pista, entrando en el Club. Sus antiguos amigos y compañeros le rodean, agasajándole, pero Dick Matthews no tiene ojos más que para buscar a su adorada Janet. Esta, al ver entrar a Dick, idea la estratagema de la jaqueca para librarse unos momentos de su prometido que, solícito, va a buscarle una aspirina. Ello le da lugar a encontrarse frente a frente de Dick, que al verla ante sí, tan hermosa y deslumbradora con su traje de noche, no sabe en realidad si sueña o está despierto.

—No te muevas... — exclama transportado Dick—; no te muevas, quiero asegurarme de que es realidad, de que al abrir los ojos no te habrás marchado como tantas veces sucedió en mi agitada imaginación, Janet de mi vida.

—Soy yo, Dick...—responde la joven en su tono de voz más seductor.

—Tres años he vivido, Janet, pensando en ti.

—Fue una separación muy larga.

—Fueron exactamente mil noventa y cinco días y ocho horas y... quince minutos. Pensar que me esperaste todo ese tiempo...

—¿Hacia frío en Alaska?—pregunta Janet, por decir algo.

—¡Hasta pensaste si hacía frío allí!... ¡Qué buena eres...!

Dick pretende estrechar entre sus brazos a Janet, pero ésta se desliza hábilmente, diciéndole:

—Creía que querías bailar...

—Bailar... sí... desde luego...

La inefable emoción de estrechar en sus brazos a la mujer amada, durante los primeros acordes de la música, el placer de sentir el perfume de su cabello, transportan a Dick, que no se da cuenta de las miradas codiciosas que le dirige la señora Russell, y la desesperación que hay reflejada en los ojos de Betty, que comprendió que su hermanita se llevará al hombre que ella sinceramente quiere. Dick no baila bien y después de tropezar varias veces le pide a Janet le excuse de continuar bailando, sugiriéndole ésta que se sienten un rato.

—Al quedar solos debajo de aquel roble que fué mudo testigo de su primera declaración amorosa, Dick, sintiéndose influenciado por el romanticismo de la noche, besa la mano de Janet, recordándole su amor:

—Janet, mi vida... ¿Te acuerdas de este árbol? El mismo de hace tres años... y las mismas estrellas... y la misma luna... todo igual. ¿Recuerdas cuánto me costó decirte...?

Pero corta la palabra de Dick la voz seca del doctor Becker, que les mira gravemente, diciendo a su novia:

—Aquí está la aspirina.

Janet comprende que ha de salvar aquella situación violentísima con su habilidad de mujer intrigante:

—El doctor Becker. El señor Matthews, un antiguo condiscípulo de mi hermano. El doctor Becker es mi... médico...

—¿Te sientes mejor, nena?—pregunta Dick, creyendo que Janet estaba enferma en realidad.

—Sí... me siento muy bien...

—Ya no le necesitamos a usted, doctor; muchas gracias.

Pero el doctor Becker, con la mayor ironía, le responde:

—¿Debo considerarme también despedido por la paciente que ha prometido ser mi esposa?

Si el mundo se hunde bajo sus pies, no siente Dick una impresión más violenta. Creyendo todavía que está bajo la influencia de una pesadilla o de un malentendido, pregunta:

—¿Su... esposa? ¿Qué quiere decir eso?

Janet, nerviosamente, reconviene al doctor Becker:

—No debiste habérselo dicho...

—¿Por qué no? Todo el mundo sabe que estamos prometidos, no

veo por qué teníamos que ocultárselo al señor... ¿cómo se llama usted, caballero?

—¡Inocente! — responde Dick rabiosamente, mientras deja atónito al doctor Becker.

Noche de plenilunio igual que la otra, el mismo cielo, la misma luna, el mismo roble, el mismo club, hasta las mismas caras conocidas, y aquella horrible, aquella tremenda desilusión en su alma, Janet ha bajado los ojos, los hermosísimos ojos negros de Janet, trágicos como la noche angustiosa que le rodea; has-

ta una nube ha velado la radiante claridad de la luna, y se han encontrado todos súbitamente oscurecidos por una penumbra dolorosa, en la que Janet se siente desfallecer. La traición de la mujer amada, que ma el rostro del pobre Dick Matthews, que durante tres años no soñó nada más que volver a hallarse frente a ella para estrecharla en sus brazos.

Janet, mientras Dick repite la palabra inocente, se retira del jardín apoyada en el brazo del doctor Becker, que no se explica en absoluto aquella actitud de su amada.

## DESESPERACION

**L**A angustia y el dolor de Dick al saber la realidad de los hechos, han sido enormes. Todo el castillo de sus sueños se ha derrumbado de pronto estrepitosamente. Todas sus ilusiones se han venido abajo. Quisiera morir, y para olvidarse y aturdir sus penas, no encuentra otro refugio que beber, beber para olvidarse hasta de sí mismo.

Betty, que vigilaba a Dick, al verle pasar ante él con el rostro alterado, comprende que acaba de saber la terrible verdad, y se propone ayudarle en este momento supremo y crucial de su vida.

—Dick... ¿Qué haces? ¿Por qué bebes?...

Dick la mira sin verla e intenta apartarla de su lado, pero es en vano. Betty se acerca a él solícita y cariñosa.

—Dick, ¿te acuerdas aún de mí?

—Sí, vas a cumplir mañana diecinueve años. Felicidades... Anda, lárgate.

—¿Por qué no quieres hablar conmigo?

—Ya he hablado demasiado.

—Entonces, ¿no te gustaría bailar?

—Yo hago lo que me place, y no necesito indicaciones de nadie.

—No te enfades... créi que...

—Creíste muchas cosas tú...—  
continúa Dick con afán de zaherir a la pobre muchacha— Sabías que Janet quiere a otro y creíste que podrías pescarme, ¿eh?

Betty, al oír estas palabras, se siente terriblemente ultrajada y dolorida. La incomprensión de Dick la hiere. Y sin saber lo que hace, le propina al joven una soberbia bofetada, diciéndole irritadísima:

—¡Entérate de que no estás en Alaska!

Dick, comprendiendo la brutalidad de sus palabras, comprende la ofensa que ha inferido a la joven, y lamenta, acariciándola, su actitud:

—Perdóname, Betty, no quise ofenderte... Fué para desahogarme... No fué con intención... Nenita...

Betty estalla en amargo llanto, sus nervios contenidos se deshacen en lágrimas de ternura, de amor, de arrepentimiento de haberle pegado, de deseo de hacerse perdonar...

—Yo tampoco te pegué con ánimo de hacerte daño...—dice Betty entre lágrimas—, es que tengo la costumbre de amaestrar así a mi perro de San Bernardo...

Dick le seca los ojos y le propone:

—Divirtámonos, querida... celebremos tu cumpleaños y mi partida.

—¿Te vas?—pregunta Betty desolada.

—Sí, me voy. Alegrémonos esta noche. Mañana salgo para Alaska. Tenemos que divertirnos mucho... Para empezar, le pegaré una paliza a ese doctor que le cura a Janet la jaqueca...

—No, Dick... Podemos divertirnos igual sin que la pegues la paliza.

—Peso, ¿hay diversión sin palizas?

—Sí, Dick querido, sí...

—Anda, vamos, nenita, ven a mi yate.

—¡Oh, sí...! — responde Betty ilusionadísima— Yo no he estado nunca en un yate. Vayamos al tuyo y nos divertiremos los dos.

—Sí, allí está Hank.

—¿Con Hank? Bueno, pues con Hank.

—Sí, vamos al yate; si viene un doctor allí a ofrecer aspirina... le ahogo.

Y enlazando a la adorable Betty por el tallo, Dick Matthews, desesperado y aturdido, se lleva a la joven al yate, abandonando la fiesta cuando eran las doce de la noche, hora

exacta en que se cumplían tres años del día de sus esponsales con Janet, y el roble aparecía bañado por la refulgente luz del plenilunio estival.

## JUGANDO A LA GALLINA CIEGA

**A**l llegar al yate de Dick Matthews, Betty comprende el inmenso amor que el joven sintió por su hermana. El yate «Janet» lleva su nombre, y los discos que el joven tiene en su gramola portátil son los que durante largo tiempo fueron los predilectos de Janet. Hank, al ver llegar a Dick acompañado al yate ha puesto una mala cara terrible. Aborrece la civilización y a las mujeres, que han sido los causantes de la amargura de aquel muchacho bondadoso y noble. Dick, desde que ha llegado a bordo, no cesa de beber y de bailar. Está completamente borracho, fatigando a la pobre Betty, que ya no sabe cómo tranquilizarle. El despecho y la amargura han enloquecido a Dick.

En el Club, la madre de Betty, al darse cuenta de que la joven se ha ido, está desesperada, llamando por teléfono al Club de yates.

Janet, maliciosamente, supone lo que ocurre. A su perspicacia de muchacha joven no le pasó desapercibido que Betty ha estado siempre enamorada de Dick.

En el yate, la borrachera de Dick está llegando a un punto alarmante, rompe los discos que le recuerdan a la que fué su novia adorada y simulando un partido de rugby acaba por lanzarse al mar.

Betty, que es una excelente nadadora, al ver que el joven se ha tirado al mar vestido e ignorando de si podrá sostenerse a flote en la inconsciencia de la borrachera, se lanza tras él a salvarle.

Betty y Dick empapados en agua completamente, tienen que quitarse aquellas ropas o, de lo contrario, se expondrían a coger un enfriamiento.

Hank, al ver el cariz que van tomando los acontecimientos a bordo, llama por teléfono a la angustiada señora Russell que, acompañada de sus hijos, se traslada al yate.

Dick está muy agradecido al comportamiento de la bondadosa Betty. El contacto con el agua ha disipado su embriaguez y en aquellos momentos daría cualquier cosa para no encontrarse en una situación tan comprometida. Betty, más inconsciente que el muchacho, le recrimina por su proceder:

—¿Estás loco, Dick? No comprendo por qué te tiraste al agua...

—Yo no me ahogo nunca.

—Entonces, ¿por qué no saliste a flote?

Dick no acaba de explicarse cómo si no salió se encuentra ahora en su yate sano y salvo, y le pregunta ingenuamente:

—¡Ah! Pero, ¿no salí?

Betty ríe de buena gana, mientras Hank les mira receloso. Dick, contento de tener en el yate aquella adorable muchacha que tan maravillosamente se ha portado con él, ríe con gratitud olvidándose por unos

momentos de la intensa amargura de la noche.

En aquellos momentos, la familia Russell y el doctor Becker irrumpen a bordo en medio del estruendo de frases teatrales que la señora Russell se creen obligada a decir en aquellas circunstancias.

—¡Betty, hija mía! ¡Estás a salvo!... ¡Qué disgusto nos diste!... ¡Llevas el cabello empapado en agua!... ¡Ves a coger una pulmonía!...

Potts, haciéndose el hermano ofendido, increpa a Dick:

—¡Vaya un amigo! Vaya un discípulo que me has resultado...

Betty se cree en el deber de defender al pobre muchacho, y responde valientemente:

—Vine aquí por mi propia y exclusiva voluntad.

Janet, al ver a su hermana envuelta en el alboroz de Dick, pone de relieve su situación de una manera hiriente y sarcástica:

—Y este traje que llevas, ¿qué? ¿Te lo hicieron a la medida?

La señora Russell, que en su aturullamiento no se había dado cuenta aún de la forma que iba vestida Betty, pone el grito en el cielo:

—Betty, ¿de dónde has sacado eso?

Dick pretende arreglarlo intercediendo por la bondadosa muchacha a la que ve va a ser el causante de un grave disgusto:

—Fué mía la culpa, señora Russell. Caí al agua y Betty me salvó.

—¿Y cómo cayó usted al agua, señor Matthews? — pregunta con gesto fiero el doctor Becker, creyéndose en aquellos momentos defensor del honor de la familia Russell.

—Pues... pues... jugando a la gallina ciega...

—Esto requiere una explicación que yo exijo, caballero.

La señora Russell hace hincapié a los vituperios de su futuro yerno para atacar a Dick.

—¿Juega usted a la gallina ciega en pijama?

—Señora Russell, traje aquí a Betty... para... para...

Los ojos del pobre Dick van de uno a otro de sus tres interlocutores, desesperado.

—...para... pedirle que se casara conmigo...

Betty, al oír estas palabras, queda asombradísima. Su corazón late desordenadamente... ¿Casarse ella con Dick? ¿Con el hombre que amó desde niña, con el muchacho que vino de Alaska exclusivamente para casarse con su hermana Janet, y que ve ahora bien claramente que

si la pide a ella en matrimonio es porque se encuentra en un callejón sin salida, impulsado además por el más terrible despecho?

Betty, por eso, le pregunta a Dick, para cerciorarse bien de si oyó exactamente sus palabras:

—¿Casarnos, Dick? ¿Has dicho casarnos?

—Sí, Betty, sí; dije casarnos...

— responde el pobre muchacho, completamente adasparado, pero ya no tiene ocasión Betty de protestar de esta oferta, ya no puede defenderse. La acometida de los Russell contra Dick es extraordinaria, y los dos jóvenes quedan a merced de las atropelladas palabras de sus familiares. La señora Russell es la que da mayores muestras de emoción:

—¡Ah!... ¡Mi amado yerno!... ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Es tan impetuoso el amor! Caíste al agua para ir al altar... Celebraremos bodas dobles, en mi familia no hubo nunca bodas dobles, será algo maravilloso... ¡Ah, sí! Ahora recuerdo la de tía Emilia... ¡Ah, no!... Fueron unos gemelos... ¡Qué felicidad, qué dicha!... Enhorabuena... Felicidades... ¡Oh... mis amados yernos!...

Y echándose en brazos del pobre Dick, le abraza a besos y abrazos, mientras Betty observa la mi-

## C U P I D O   S I N   M E M O R I A

rada de Janet que, loca de envidia y despecho, se está mordiendo furiosamente los labios.

Janet repite las palabras de Dick,

mirando con enorme ironía a su hermana:

—Con que te casas jugando a la gallina ciega, ¿eh?

## LA BODA DE BETTY RUSSELL

LOS familiares e íntimos amigos de los Russell, han sido sorprendidos con dos noticias extraordinarias, que son el comentario obligado del día en toda la ciudad: Janet Russell ha roto su compromiso matrimonial con el doctor Becker, y Betty, la hermanita menor de Janet, se casa próximamente con un joven millonario recién llegado de Alaska. El terrible drama que se ha producido en el hogar de los Russell es enorme. Janet, al enterarse de la boda de su hermana con el que fué su prometido en otros tiempos, se ha negado rotundamente a casarse con el doctor Becker, devolviéndole su anillo de prometida y dejando al enamorado doctor sumido en la más completa desespera-

ción. La señora Russell se ha apresurado a mandar a sus invitados unas tarjetas de invitación a la boda redactadas en los siguientes términos:

«La señora Genoveva Russell, tiene el honor de invitar a usted a la boda de su hija Betty-Luisa con el señor Dick Matthews el miércoles, 10 de noviembre de 1937, a las cuatro de la tarde, en la capilla de los Angeles, San Francisco de California».

A pesar de todos los preparativos que apresuradamente se están realizando en aquella casa, a pesar del envío de las invitaciones, a pesar de las lágrimas constantes de su

madre y a pesar de los obsequios que en número considerable va recibiendo Betty de sus amigos, la joven, que ve la actitud de su prometido, siente interiormente que no se casa. Betty está convencida de que cuando llegue el momento, algo terrible sucederá que le impida a ella ser la esposa del hombre que ya amaba siendo una niña.

Janet no ha querido estar presente al casamiento de su hermana, y, segura del influjo que su belleza y su amor ejercen sobre el pobre Dick se ha marchado de la ciudad, convencida interiormente de que el joven ha de seguirla.

Betty sabe que su hermana no se rendirá tan fácilmente, y sufre de un modo intenso. La pobre niña adora a Dick Matthews y quisiera convencerle de la sinceridad de su cariño, de que quisiera ser amada por él. Dick, pasado el primer momento en que se encontró comprometido con Betty, se arrepiente profundamente de su inconsciente decisión, aunque no quiera confesárselo. Betty es muy joven y muy bonita, pero él no la ama. Betty es una criatura digna de ser adorada por un hombre que la quiera por sí misma, pero nunca que la tome como recurso y como despecho. Hank ha sido el primero en recriminarle su de-

cisión, que juzga absurda y precipitada.

Por otra parte, Potts está haciendo su agosto a espaldas de Dick Matthews, invirtiéndole su fabuloso capital en acciones de dudoso valor, quedándose un magnico tanto por ciento de cada acción, que guarda bonitamente en su bolsillo. Betty sufre extraordinariamente por todo ello, por eso sus nervios no le permiten estar un solo instante quieta, ni cuando tiene que aguantar las innumerables pruebas de su equipo de novia que la señora Russell compra a crédito para su hija menor.

La doncella le prueba una bonita bata mañanera, mientras la señora Russell mira el efecto que estos encantadores trapitos hacen colocados sobre la estatuaría figura de su hija.

—¿Quieres estarte quieta?... Así no acabaremos nunca. Yo no sé lo que te pasa, Betty; no estás lo alegre que debieras estar... piensa lo que te espera.

—Empiezo a figurármelo, mamá —responde Betty, gravemente.

—Con este traje estás bellísima. Hay que ver el efecto que producirás cuando vistas en el interior de tu yate estos trajes magníficos. Y el día de tu boda... estarás deslumbradora...

—¿No podríamos casarnos sin tanta ceremonia?

—Para qué reservas la ceremonia, ¿para una merienda campesina? ¡Ah! Pero qué extravagantes sois, hijas mías. Si tu hermana no hubiera roto con el doctor Becker hubiéramos tenido dos bodas a un tiempo. Pobre doctor Becker; está abatidísimo. Ya le he dicho que vea a un médico.

—Sí, mamá...; pero que no se mire al espejo.

La señora Russell, mientras continúa arreglando los pliegues del hermoso traje de Betty, sigue en sus trece.

—No me explico por qué se negó Janet a ser tu madrina.

—Quizás porque aun abriga esperanzas de ser la novia.

—¿Cómo va a ser la novia si a rotó su compromiso?...

Betty, ante la inconsciencia de su madre, no se atreve a insistir; fatigada de la larguísima prueba le pregunta a su madre:

—¿Puedo quitarme eso, mamá?

—Sí, hija, quitatelo ya. ¿Y Potts, dónde está Potts?...

—Echando las cuentas a la lechera, supongo.

—No creo, Betty, porque a la lechera precisamente le l'quidamos la cuenta ayer...

—Sí, mamá, ya lo sé, a cambio de las acciones de Dick, cuyos tan-

tos por cientos embolsa bochitamente Potts.

—Siempre honradamente, hija mía, siempre honradamente.

En efecto; Dick en aquellos momentos desde su yate aguantaba impertérrito las llamadas telefónicas de Potts, que se propone invertirle diez mil dólares más en nuevas acciones sobre corderos de Orajoma, sin valor efectivo ninguno. Hank, que ha oído por las palabras que contesta el atribulado Dick, lo de las acciones, oculta el talonario de cheques, para evitar que Dick pueda entregar a Potts ningún nuevo cheque más. La señora Russell ha cortado la comunicación de su hijo para darle una orden imperiosa a Dick, una orden que para ella es de vida o muerte: la boda de su hija.

Creyendo que todavía está en el aparato el jefe, habla desordenadamente como siempre:

—Dick, es tu mamá quien te habla. Dile a tu amigo Hank que haga el favor de recortarse el bigote. No querrás, supongo, que el padrino parezca una foca amaestrada.

El que se ha puesto al aparato no es otro que el propio Hank, que al oír que tiene que recortarse el bigote, lo que él estima de su persona más en el mundo, protesta furioso, sin hacer caso de que sea la pro-

pio futura su gra de Dick, la que está al aparato.

—Señora, recórtese usted el suyo, que buena falta le hace...

La señora Russell, indignadísima, abandona el teléfono y corre a tocarse su labio superior, para cerciorarse de que no tiene bigote alguno.

—¡Insolente! Yo no tengo bigote.

Dick, al darse cuenta del cariz que van tomando los acontecimientos, se propone limar las asperezas, y le pide a Hank calma sus ímpetus; pero Hank que está sumamente nervioso irrumpe contra el circunspecto Dick:

—La ballena de tu suegra, que quiere que me corte el bigote.

—Me parece una idea bastante acertada.

—A mí no. Y si los Russell quieren dar órdenes que las den en su casa, y a ti, que para eso te casas con todos ellos.

—No es cierto. Yo me casé con Betty.

—Te casas con todos: con la madre, con el hermano, con la hermana y hasta con ese doctor.

—Dices eso porque estás furioso por lo del bigote.

—No, muchacho, no. No seas insensato. ¿Para qué crees tú que quieren una boda tan lujosa? pues

para anunciar a los acreedores que han adquirido una mina de oro.

—¡Qué imaginación!—responde Dick un tanto abochornado, porque comprende la razón que tiene su feal amigo.

—Y lo peor de todo es que te casas con Betty sin quererla.

Dick, ante esto, salta violentísimo, porque no quiere decirse ni a sí mismo que si se casa con aquella adorable criatura es por despecho del abandono de su hermana.

—No es cierto; eso no es cierto. La quiero, estoy loco por ella.

—Loco si lo estás, pero no es por ella. Bien; haz lo que quieras. Yo, cuando te hayas casado, ma vuelvo a Alaska; no quiero quedarme en San Francisco a presenciar tu infelicidad.

En el momento que acaba de pronunciar el bueno de Hank estas palabras, unos suaves pasos de mujer se oyen en la escalera que conduce al camarote de Dick, en el yate. Esté, creyendo que la que viene a visitarle es su prometida, le hace un signo inteligente a Hank para que se calle; pero de pronto el joven palidece intensamente al darse cuenta de que la muchacha que ha venido a visitarle no es otra que la propia Janet, que, suntuosamente vestida y bella como nunca, ha ido al yate de Dick para verle. Hank, que había

borrado del salvavidas del yate el nombre de Janet para poner el de Betty, toma, sin decir una sola palabra, el salvavidas y el bote de pintura y se dispone a volverle el antiguo nombre de Janet.

Dick, que a la vista de su antigua novia ha perdido completamente la palabra, siente temblar sus piernas, dándose cuenta de la emoción que la sola presencia de Janet despierta en él.

Janet, conocedora del dominio que tiene sobre Dick llega en la actitud más humilde que se la haya visto jamás.

Pero Dick que aun no se ha recuperado de asombro no acierta a decir nada más que:

—¡Qué sorpresa!...

Dick se siente en aquellos momentos poseído de una alegría que de tan intensa, llega hasta ser dolorosa, y a no tener fondo alguno de realidad. Dick está contento, porque se encuentra frente a frente de aquella Janet que anheló encontrar

el día que regresara de las inhóspitas tierras donde ha vivido tres años para poder conseguir la anhelada fortuna y ponerla a los pies de aquella muchacha caprichosa que le traicionó tan villanamente. Por eso al ver ante sí una Janet tímida que le mira con sus profundos ojos llenos de humildad y de amargura, siente un rafoísimo malestar. Janet ha llegado demasiado tarde. Dick es un hombre leal y digno y acaba de empeñar su palabra con la propia hermanita de Janet, que siempre demostró quererle de una manera sincera y apasionada.

Hank mira con profunda indignación el papel ignominioso que está representando Janet, de venir a turbar al hombre que la amó apasionadamente.

Por eso Dick, que no cesa de mirarla, embriagándose en la contemplación de su maravillosa belleza, no cesa de repetir cada vez más asombrado: «Qué sorpresa, Janet... qué sorpresa...»

C U P I D O S I N M E M O R I A



—¿Tú eres Dick Matthews...?

**ANN SOTHERN**  
protagonista de la película  
«Cupido sin memoria»



—Perdóname Betty, no quise ofenderte... fué para desahogarme, no fué con intención nenita...



—Dick Matthews, ¿no te acuerdas de mí?



—Betty, hija mía, estás a  
a salvo; qué disgusto nos  
dió. Llevas el cabello em-  
popado en agua... vas a co-  
jer una pulmonía...

Dick, desde que ha lle-  
gado a bordo, no cesa de  
beber y de bailar.



—Sí, estoy loca, pero lo que no sabéis es que estoy loca por él.



—Pobre Dr. Becker, está abatidísimo. Ya le he dicho que vaya a un médico.

—Sí, pero que no se mire al espejo.



—Dick y Betty esperan  
pacientemente el día de su  
boda.

—¿Qué quieres, Dick?  
—No... nada... nada...



—No sé quién es usted,  
no la conozco... Yo no he  
pensado jamás en casarme.



—Te ataca los nervios,  
¿verdad?

—Sí Betty, tu madre me  
desespera, me pone violenti-  
simo...



Dick, que en el fondo está divertidísimo de la situación, ha cometido las mil barbaridades empujando rudamente a la señora Russell.

—No sé si lo estaré ahora, pero lo estaré cuando yo te cure con un golpe en la cabeza.



El Dr. Becker acaba de  
ver bien claramente que  
Dick estuvo fingiendo.



—No, mi vida, esto te lo  
digo a ti por última vez, te  
quiere.

## ENTRE DOS MUJERES

JANET es una mujer muy astuta, sumamente diplomática, y no ignora la profunda impresión que su belleza causa a los hombres. El golpe de efecto de ir a visitar a Dick ha de servir forzosamente para reconquistarle, y la hermosísima muchacha no está dispuesta a dar un paso en falso.

—Vine porque necesitaba verte una vez más... la última. He resueltoirme. He roto definitivamente con mi prometido.

—¿No te casas con ese médico?

—No puedo, Dick, después de haberte visto. Claro que yo eso no debiera decirte...—añade Janet, simulando ruborizarse.

—¿Y por qué no?

—No sabes cuánto sufrí. De no

haber sido tan pobres... hubiera procedido de una manera muy distinta... No sigo; temo que adquirieras una mala impresión de mi familia; además, todos los que conocen nuestros amores antiguos se alegran de que yo no vaya a la boda.

—Entonces...—pregunta Dick, alarmado—. ¿No volveremos a vernos?

—Es lo mejor, Dick, después de lo insensata que he sido.

—Pero irte así me parece una locura. Escucha, Janet, ¿no podríamos ser amigos?

—Bueno... ¿por qué no? Si quieres saber de mí alguna vez, o verme, avísame a casa de mi amiga Mildred Grant.

Dick no sabe qué partido tomar. La esbelta figura de Janet se ha

levantado de la silla donde estaba sentada y envuelta en un lujoso traje aparece tentadora como nunca. Sus inmensos ojos miran a Dick en el interior de sus pupilas, turbándolas. Si Dick tuviera el valor de romper con todos sus compromisos y se casara con ella, que rompió con el novio al volverle a ver a él...; pero no se atreve a hacerlo sin haber hablado antes con Betty. La voz melodiosa de Janet continúa:

—Te deseo toda la dicha del mundo, Dick; te la mereces.

—Gracias, Janet. Volveremos a vernos.

Cuando Janet ha desaparecido del camarote todavía el perfume embriagador de su adorada le perturba, y Dick rápidamente toma una resolución: romper su compromiso con Betty y casarse con Janet. Betty es muy joven, casi una niña, y sabrá resignarse; él quiere a Janet, siempre la quiso, y ahora que la ve libre no está dispuesto a perderla.

Dick Matthews sale disparado de su yate y se dirige rápidamente a la casa de su prometida, dejando a Hank completamente asombrado, que no se explica ninguna de las extravagancias que están sucediendo desde que pusieron los pies en San Francisco.

Al llegar Dick al hogar de los Russell, al primero que encuentra en el vestíbulo es a Potts, que lo insiste para que le entregue el dinero que le falta para la compra de las nuevas acciones. Potts reclama un cheque, desesperado, sin hacer caso de las protestas de Dick, que no desea otra cosa que ver a Betty cuanto antes.

Tras él aparece la señora Russell, que al ver a su futuro yerno sigue con sus frases estudiadas y con su verborrea inatajable.

—¡Oh, Dick! ¡quién! ¿qué quieres? ¿qué te pasa? ¿Te dijo Hank que hablé con él?

—Sí, señora; ya me lo dijo. Y Betty, ¿dónde está? he de verla.

—Está arriba, rodeada de una legión de modistos—responde la señora Russell mintiendo descaradamente.

—He de verla en seguida. Llámela, por favor.

—Está ocupada; ahora no puede.

—Pues ya subiré yo.

—No subas, Dick; es de muy mal agüero que el novio vea a su prometida vestida de novia antes de la boda...

Pero en aquellos momentos Betty, que ha sido avisada por la avinagrada camarera, baja vestida con su traje nupcial, rutilante de hermosura y de dicha.

Dick al verla no se siente con valor para decirle lo que deseaba. La belleza de Betty y su confianza lo impiden hablar. La joven sonríe y bromea al descender por la escalera del vestíbulo de los Russell, felicísima al ver a su prometido.

La señora Russell intenta detenerla.

—No bajes, Betty, que no te vea.

—Eso son tonterías, mamá. ¿Qué quieres, Dick?—le pregunta sonriéndole deliciosamente.

Dick queda cortado sin poder pronunciar una sola palabra, mirándola asombradísimo, embriagándose con los ojos de la juvenil belleza de su novia.

—Nada... nada... no quiero nada...

—¿Qué te ocurre, Dick? ¿es que no te gusta mi vestido?

—Sí... sí, me gusta; pero no... no quiero nada.

—Dime, Dick, ¿qué te pasa? Habla por favor.

—Te diré... no es nada... absolutamente nada.

—Pero tú dijiste a Marta que querías verme inmediatamente.

—Sí... en efecto... quería... quería... pero ya no necesito verte. Adiós...

La señora Russell, creyendo que la visita de Dick ha obedecido úni-

camente al deseo de ver a su novia, exclama emocionada:

—¡Ah, qué efecto tan enternecedor!...

Potts sigue a Dick hasta la puerta para despedirle recordándole, feliz también por la suerte que para ellos representa ese matrimonio.

—Adiós, Dick, y ánimo, que ya no falta más que un día.

La señora Russell le recuerda insistentemente:

—No te olvides que el simulacro es a las tres.

Betty se ha quedado súbitamente seria. Su instinto de mujer enamorada le da a comprender que en aquellos momentos pasa algo grave. Dick, que comprometió su palabra para salvarla de la situación comprometida que se encontraba ante su familia, no la quiso nunca: él a quien ama es a Janet; esto lo sabe Betty, y está convencida que en aquellos momentos Dick lo que ha venido a hacer ha sido romper su compromiso matrimonial y que no se ha atrevido al verla a ella. Su madre, inconsciente como de costumbre y ajena a los justos pensamientos de Betty, continúa en su sensiblera actitud.

—¡Qué rasgo tan enternecedor... pensar que vino exclusivamente para verte!... \*

—No, mamá, no vino a eso—res-

ponde la joven gravemente—; vino a romper su compromiso.

—Pero, ¿qué dices? ¿Cómo puede ser eso si va a casarse contigo mañana?...

—No sé, mamá, no sé si se casará conmigo mañana; pero yo lo que te aseguro es que Janet no es ajena a ello.

—¿Janet?—exclama su madre, asombrada.

—Sí, Janet... Yo os aseguro que Dick se casa conmigo, y que no

se lo lleva esa hermanita mía aerodinámica. Se fué de casa segura de que Dick se iría tras ella. Yo he de salvarle de las garras de Janet, y de las tuyas, Potts; no le venderás más acciones falsas.

—No más falsas que Dick...

—No insultes a mi futuro.

Potts y su madre no comprenden los nervios de Betty.

—Estás loca...

—Sí, estoy loca; pero lo que no sabéis es que estoy loca por él.

## SIMULACRO DE MATRIMONIO

**A** PESAR de que la boda de Dick Matthews y Betty Russell ha sido anunciada a son de bombo y platillos, Betty siente que no se casará con Dick, y su amargura es intensa porque lo adora con toda su alma. Fué su primer amor, y al volver a verle ha sentido como nunca la intensidad de su pasión. Le quiere como mujer alguna no le querrá jamás y está dispuesta a casarse con él contra todos los obstáculos que se pongan a su paso, porque así será de la única manera que le salvará de los odiosos egoísmos de su hermana Janet.

A las tres de la tarde, tal como la señora Russell ha anunciado, se celebra en su casa el ensayo del casamiento que ha de celebrarse al

día siguiente. Todos los pormenores enojosos de la ceremonia se amplian gracias a la ampulosidad que quiere dar a la boda la señora Russell. El ensayo es pesadísimo. Cada situación pretende repetirla la ceremoniosa señora tres o cuatro veces. Betty se da cuenta de que Dick se fatiga y que todas las ceremonias resultarán inútiles si Dick al último momento se niega a casarse. La tarde que se celebra el simulacro, es una tarde molesta y calurosa. Dick está violentísimo y Betty Russell comprende como nadie que su boda se tambalea en un punto interrogante que radica en la seducción de Janet, a la que Dick no puede olvidar a pesar de sentirse inclinado hacia ella.

El antiguo admirador de Betty,

que la esperaba la tarde que Dick regresó con su coche a la puerta de su casa, es el único que se acerca a ella y la felicita, y el único también a quien no pasan inadvertidos los temores de Betty.

—Betty, te deseo mucha felicidad.

—Gracias, amigo mío—le responde Betty sinceramente reconociéndolo—; me consuela que alguien por lo menos me la desee.

Hank, que está junto a Dick cerca de una ventana, induce a Dick con sus palabras a que abandone la partida:

—Dick, muchacho, aun puedes echarte atrás; no te dejes pescar como un infeliz barbo.

—No puedo hacerlo, Hank; Betty no se lo merece.

—Piensa que mañana será tarde, y entonces cuando ya estés casado no podrás arrepentirte.

La señora Russell irrumpe arras-trando a Dick hacia el lugar donde está colocado el altar provisional:

—A sus puestos todos; ensayaremos una vez más. ¿Dónde está Dick? Ven aquí, riquín, seguro que no te molesta volver a repetir el simulacro...

—No, señora...—responde tímidamente el joven.

—Anda ven, riquín... un ladron-

zuelo que me roba a mi hijita adorada.

—Anda, riquín—responde remedándola Hank—, anda, ve al sacrificio y no robes nada que mamá te pegaría...

—Tú y Dick os quedáis aquí mientras yo atiendo a la formación.

Dick y Betty se quedan uno frente a otro. Dick sonríe a su novia a pesar de llevar en su rostro reflejada una preocupación constante. Betty le devuelve la sonrisa pero con los ojos llenos de lágrimas.

Entretanto la señora Russell está armando un bullicio terrible arreglando a las damas de la novia que están tomando la cosa a broma. Los amigos de Betty que han de ser sus caballeros de honor se rien también sin disimulo alguno. La pequeña Mary Lou, una traviesa niñita de siete años que tiene que preceder a los novios tirando flores, está pegando el chicle a cualquier parte de la habitación; la señora Russell quiere estar en todo y no hace otra cosa que complicar inútilmente el ensayo.

Potts interrumpe la dulcísima mirada de los dos novios que quizás les podría unir en un momento, pero al codicioso hermano de Betty le falta la seguridad de que Dick le entregará el cheque que necesita para hacer efectivos todos los gastos que oca-

siona esta cacareada boda realizarla a son de bombos y platillos.

—Ven, Betty, que tengo que llevarte otra vez al altar. Dick, acuérdate del cheque. De un pagaré que vence el lunes y no tengo fondos.

—Sí... sí, ya me acuerdo.

—¿Voy luego al yate para el cheque?

—Sí, hombre, sí—responde Dick sin saber lo que le dice exactamente su futuro cuñado.

—A ver, que empiece la música—exclama la señora Russell organizando de nuevo la ceremonia.

Otra vez los invitados repiten el ensayo, pero la traviesa Mary Lou ya está cansada de repetir una y otra vez el ensayo y va tirando con rabia las flores en el suelo, hasta que la señora Russell se da cuenta e interrumpe la marcha nupcial de Mendelsón que está tocando al piano el que fué admirador de Betty.

—¡Eh! ¡Eh! Un momento, señores, por favor. Mary Lou, pequeña, esto que echas al suelo son flores y no piedras... Tienes que hacerlo de esta manera...

Y la voluminosa señora, tomando el cestito de flores de la pequeña Mary Lou, comienza a tirar al suelo las flores provocando con gran disgusto de Betty la risa de todos los presentes.

Mary Lou, al verlo, le dice con la naturalidad e inconsciencia de los niños:

—Usted es demasiado gordinflona para hacer eso.

La señora Russell disimula y continúa la ceremonia, hasta el momento en que ha de aparecer el novio junto al altar, pero Dick fumá nerviosísimo junto a la ventana, no acude a tiempo, ocasión que aprovecha la señora Russell para acercarse a él con sus melosidades acostumbradas.

—Dick, esta vez tu mamá va a reñirte muy de veras. Riquín, eres muy distraído.

—Pero ¿qué hice?—pregunta de mal humor el muchacho.

—¿No lo sabes? Al sonar la marcha nupcial has de ir al altar majestuosamente, para estar allí cuando llegue la novia y recibirla con una sonrisa.

—Se me olvidó.

—¿Se te olvidó? ¡Oh! Dick, riquín, sería terrible que se te olvidara mañana. Y usted, Hank, se recortará el bigote un poquitín y se pondrá chaqué.

—Señora, yo no me visto de pinguino—responde violentísimo Hank.

—Pero el padrino viste siempre de chaqué y pantalón a rayas. Dick, convéncelo.

Dick está furioso, y comienza a dar visibles muestras de perder la paciencia. Los Russell le han cazado como a un inocente jilguero, y a medida que se va dando cuenta que se acerca el momento de unirse en matrimonio con Betty, siente mayores remordimientos de casarse con ella sin amarla y mayor desesperación de la soga que van a colgar a su cuello. Por otra parte la visita de Janet le ha puesto nervioso. Dick está convencido de que comete una acción muy reprochable no hablándole con entera claridad. Los preparativos de su suegra los considera inoportunos y ha de hacer verdaderos esfuerzos para no salir de la casa y deshacer el concertado matrimonio.

Por eso responde casi con dureza a la señora Russell, que no demuestra darse cuenta alguna de la nerviosidad de Dick.

—Por mí que venga sin pantalones.

—¡Oh! No, no, sin pantalones, no, hijo mío, sin pantalones, no... ¡Qué yerno más chistoso tengo; ri-quin, qué locuras dices!

—Señora, basta ya—interrumpe Dick—; haga usted el favor de no llamarme más riquín y mucho menos en presencia de la gente. Eso se terminó.

Betty, que ha estado observando

esta conversación y se da cuenta de que Dick pierde los estribos, se acerca oportuna mirándole dulcemente con sus bellísimos ojos azules que tienen la virtud de desarmar a Dick:

—¿Te ataca los nervios, verdad?

—Sí, Betty, tu madre me desespera. Me pone violentísimo. ¿Por qué ese absurdo afán de celebrar una boda suntuosa... por qué?

Betty entonces sugiere a su novio la solución que ella considera más acertada:

—¿Por qué esperar a mañana, Dick? ¿Por qué toda esa pompa? Tienes muchísima razón. Espérame fuera y vamos a casarnos tú y yo solos sin pompa alguna...

Hank, que ha oído las palabras de Betty, se enfurece sin poderlo remediar. El carácter débil de Dick se amolda a todo y le dice el bueno de Hank con gran indignación:

—Dick, hijo mío. Te zarandean como un muñeco. Si quieres aún puedes escaparte...

Betty ha subido corriendo las escaleras para ir a su habitación a buscar su equipaje, abandonando el ensayo de la ceremonia nupcial. Hank aprovecha ese instante para sobornar a Dick de que abandone la partida. Una vez libre Dick de esa mirada dulce y suplicante de la bellísima Betty, se siente con ánimos de

tomar una resolución. Y sin ser vistos por nadie, saltan por la ventana Dick y Hank mientras Betty, inocente, hace su equipaje.

Cuando Betty baja apresuradamente con la maleta y el sombrero puesto creyendo que su novio la está esperando, no llega a tiempo más que para verlos huir en su coche, y la joven comprende que ha perdido a su prometido para siempre. Sus hermosísimos ojos azules, aquellos ojos que subyugaban a Dick, se llenan de lágrimas, y haciendo un esfuerzo para contenerlas entra en su casa y se oculta en su habitación. Abajo en la sala donde se está celebrando el ensayo, la pequeña Mary Lou y la señora Russell están armando un escándalo enorme que amenaza acabar como una vulgar reyerta de comadres de barrio. La mamá de Mary Lou toma parte en ella, y desde la soledad de su habitación donde está derramando la pobre Betty las lágrimas más amargas de su vida, oye la joven el histórico escándalo que están dando su madre y la mamá de aquella niña terrible.

En aquella habitación suya, blanca como su adolescencia exquisita, Betty Russell llora amargamente, pugnando por ahogar los sollozos que la conmueven. Dick Matthews no la quiso nunca, indudablemente

se comprometió a casarse con ella por despecho únicamente del abandono de Janet. Abajo la reyerta de su madre con las amigas y la traviesa Mary Lou, va adquiriendo enormes proporciones, pero Betty no oye nada absolutamente, en su cerebro ha quedado grabado únicamente el ruido del motor del coche, cuando abandonaba la casa de los Russell, en una cobarde y precipitada fuga.

Aquí es donde ve la adorable Betty, la mano oculta de su hermanita Janet, imagina todo cuanto ha ocurrido, el día que su hermana con gesto teatral abandonó la casa y rompió su compromiso con el doctor Becker, comprendió Betty que Janet prepararía algún incidente que separaría a ella para siempre de su Dick adorado. Dick y Janet se habrán visto, y hoy Dick volverá a ser esclavo de aquellos hermosos ojos negros de Janet, de aquella sonrisa estudiada y seductora, y de aquella figura esbelta y escultural que conmueve a cuantos la miran. Betty vuelve los ojos a las galas de novia que desparramadas por la habitación lucen su fastuosa belleza, el traje nupcial como un bloque de espuma, y el yeto desmayado sobre un sillón despiertan en ella el dolor más profundo, dolor que la hiere como un sarcasmo del destino, lanzado contra su juventud exquisita.

y adorable, y la pobre Betty desesperada, se desploma sollozando con amargura sobre su lecho virginal, rasgando sin querer el hermoso velo de novia, que yacía a su lado sobre el lecho.

## AMNESIA ABSOLUTA

**A**L abandonar Dick y Hank la casa, lo hacen con tal precipitación que se atropellan mutuamente para pasar desapercibidos. Dick, que comprende en el fondo que su acción es innoble e indigna, está nerviosísimo. Al tomar el volante anda agitado, y con gran velocidad se lanza a la carretera sin hacer caso de las reconvenciones de Hank. A los veinte metros no tiene habilidad para borrar una piedra monumental que hay en la mitad de la ruta, y el hermosísimo coche de Dick Matthews vuelca, sufriendo Dick una conmoción cerebral y quedando ileso Hank.

Este hecho más rápido que el pensamiento no ha sido visto por la pobre Betty, que se retiró al interior

de su casa cuando se dió cuenta de que Dick Matthews la abandonaba.

En efecto, a las dos horas reciben los Russell la noticia de que Dick está malherido y conmocionado en el hospital. Hank, ileso, no se separa de su lado un solo momento. Cuando invaden la habitación, se cree la señora Russell en el deber de lanzar desesperados gemidos y de emplear las frases teatrales que reserva para las grandes ocasiones.

Dick está postrado. La conmoción sufrida ha sido violentísima y no da señales de vida. Hank, desesperado, le llama insistentemente, pero Dick no responde.

La señora ha sido la primera de acudir, mientras Betty va en busca del doctor Decker. El inútil Potts

acompaña a su madre acabando de empeorar la situación.

La señora Russell no cesa de preguntar por qué Dick está inmóvil al doctor del Hospital, que está a punto de acabar con su paciencia.

—¿Por qué no abre los ojos? Ya lleva así una hora. Es imposible que pueda estarse sin conocimiento tanto rato.

—No haga usted caso; usted lleva sesenta años sin conocimiento—responde Hank deseoso de ofenderla para ver si se va.

Pero la señora Russell, que a los pocos segundos se da perfecta cuenta del insulto, no quiere recogerlo, y continúa con sus intemperantes lamentaciones:

—¿Por qué no viene Betty? Por qué no viene Becker? Por qué no viene alguien?

Dick en aquel momento hace un movimiento imperceptible de volver a la vida, coincidiendo con Betty que entra en la habitación y se acerca tiernamente a su lecho. Dick abre los ojos, y sin demostrar en su mirada la menor lucidez mira a todos los presentes sin dar señal alguna de reconocerles.

Betty le pregunta con tierno acento:

—Dick, soy yo, Betty, ¿me recuerdas...?

Dick vuelve a cerrar los ojos sin reconocerla, mientras el doctor Becker, que ha entrado en el cuarto tras de Betty, mira la radiografía que han hecho en el hospital del cráneo de Dick:

—No hay fractura ósea, pero tiene una conmoción traumática sumamente intensa. Ha de reposar.

Potts, que teme no recobre Dick la lucidez, le insiste al doctor Becker:

—Tiene que recobrar el conocimiento antes del lunes. ¿Se pondrá bien para aquel día tú crees?

—Sí, físicamente, sí... pero a lo mejor padece amnesia.

—¿Y eso qué es? —pregunta la señora Russell.

—¿Recuerda usted, señora Russell, aquel paciente que yo tenía? Pues bien, ese hombre no reconocía ni a su mujer. Llevaban diez años casados. Desapareció y se casó con otra.

—Es la manera perfecta de casarse—continúa Hank con afán de zaherir a los Russell—. Estando inconsciente.

La señora Russell le pregunta al doctor Becker y al médico del hospital si a Dick le sería posible casarse sin memoria, no respondiéndole nadie una palabra, porque Dick se ha incorporado en el lecho mirando

fijamente a todos, que corren a su cabecera.

Potts insiste en su cantinela monótona y pesada:

—Tiene que acordarse de darme un cheque antes del lunes.

Hank, furioso, perdidos los estribos y la paciencia, exclama en voz alta:

—Todos ustedes con sus cheques y sus bodas han acabado por hacerle perder la razón al pobre chico.

Dick pregunta con su mirada inconsciente:

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Tranquilízate, pequeño, que no es nada. No te preocupes...

Potts se ha acercado a la cama de Dick y procura que éste le reconozca:

—De mí sí te acuerdas, verdad...? Soy Potts, procura asociar ideas. Potts, tu amigo, cheque, lunas, Potts.

—¿Quién es ese sinvergüenza de Potts? —preguntó Dick nerviosísimo.

—¿Y de mí, de mí no te acuerdas, riquín? Soy tu futura mamá, ¿no me recuerdas?

—¿Qué bruja es esa...? —continúa Dick, inconsciente.

Betty vuelve de nuevo a estrechar la mano de Dick y a mirarle persua-

sivamente, a lo que Dick responde, apartando sus ojos de ella:

—No sé quien es usted. No la conozco. Yo no he pensado jamás en casarme. No sé de que me hablan.

Y poniéndose en pie sobre el lecho comienza a dar gritos histéricos. Los Russell se dan cuenta de que Dick no está en sus cabales, y Hank, que no puede acabar de convencerse de la locura de Dick, aprovechando un momento que hablan todos en un rincón de la habitación, le pregunta a Dick:

—¿De mí sí, verdad? ¿De mí sí te acuerdas?

—¿Por qué voy a acordarme de ti, Hank, no lo ves que tengo amnesia...? —exclama Dick festivamente mientras le guiña el ojo a su inseparable amigo.

La señora Russell está indignadísima y protesta ante todos:

—Aunque tenga «magnesia» no hay derecho que nos trate así el muy ingrato. Yo he sido para él una madrecita.

—Por favor haga algo —exclama Betty, desesperada.

El doctor Becker, que se ha dedicado toda su vida a esa clase de enfermedades y es propietario de un magnífico sanatorio, cree que lo mejor es llevar a Dick a éste y por

medio de una serie de procedimientos de su invención lograr retornarle la memoria. Expone ese proyecto a los Russell que están encantados con la idea:

—Pienso llevarle a mi sanatorio.

—¡Oh! Es una idea sublime. No me separaré de su cabecera ni de noche ni de día—continúa la señora Russell—, le cuidaré yo sin separarme un momento de su lado. Estoy segura que recobrará la memoria.

El pobre Dick, que acaba de oír esta terrible disposición de la que tenía que ser su suegra, siente que cae conmocionado en realidad, cayendo cuan largo es en el lecho casi con ánimo de desear la muerte.

El único deseo de Dick Matthews era poder librarse de su suegra, poder librarse del compromiso contraído con Betty, para unirse cuanto antes en matrimonio con su adorada Janet, a la que ha recobrado y que era la única ilusión que perseguía. Dick Matthews es un muchacho excelente, y naturalmente él ya se da cuenta de que su actitud no puede ser más desleal, abandonar a una chiquilla hermosísima y confiada al pie del altar, es una de las más reprobables acciones que puede efectuar un hombre; por otra parte, Betty era también lin-

dísima, y le hubiera hecho muy feliz, pero la ilusión de recuperar a Janet, es demasiado grande para mirar fríamente que ahora la que fué su novia amada, pueda ser únicamente su cuñada, mientras él se une en matrimonio con su hermanita menor, de la que no se había dado cuenta, hasta el día que la encontró casualmente bajo el roble inspirador de sus amores.

Su cabeza, aun atontada por el golpe recibido, ve pasar en una rápida sucesión de ideas, todos los incidentes de aquellos días que culminan con la decisión de su terrible suegra, de no marcharse de su lado, y de amargarle la existencia mientras le quede un hálito de vida, y el pobre Dick vuelve a su idea de desear la muerte, para poder descansar de aquella inquietud constante en que vive desde que regresó de Alaska, y deshacerse de la tela de araña que ha extendido a su alrededor la familia Russell, capitaneada por la respetable señora Russell, que sea con la hija que sea no está dispuesta a perder un marido tan conveniente como es Dick, el mejor partido que hasta ahora se presentó a sus hijas, muchachas muy admiradas por la buena sociedad de San Francisco, pero conocedores todos los jóvenes de la

## C U P I D O   S I N   M E M O R I A

precaria situación en que se encuentran ofrecen todo menos matrimonio, y esto es lo que desea la

señora Russell, así velando de noche y de día al infeliz Dick Matthews logrará su propósito.

## DICK MATTHEWS VIVE SIN MEMORIA

DICK hace más de quince días que se encuentra en el sanatorio del doctor Becker y no ha dado síntomas de recobrar la memoria un solo instante. Los procedimientos empleados por Becker fallan todos ante el estado de Dick, que ha recobrado la salud y el apetito pero no se acuerda de quien es, diciéndoles a todos lo que le parece, especialmente a la señora Russell, a la que ha tenido ocasión de demostrarle su antipatía.

Potts anda loco porque el viernes próximo le vence la prórroga que consiguió del pagaré. Si aquel día Dick no ha recobrado la memoria,

le embargan sin remedio. Betty, que no está muy segura del estado de Dick ni cree en la sinceridad de su inconsciencia, vive triste y desesperada, viendo perdida para siempre su felicidad. Hank, que está enterado del fingimiento de Dick, prepara el yate para zarpar y desaparecer sin dejar rastro, salvándole así de las garras de los Russell, que para el ingenuo de Hank han sido la causa de todas sus desgracias. Janet, alejada por completo de todas las combinaciones de sus familiares, se informa únicamente por teléfono del estado de Dick, evitando siempre el ver al doctor Becker. La señora Russell, tal como prometió, se ha insta-

lado con su hija Betty y su hijo Potts en el sanatorio del doctor Becker, vigilando a Dick en cuanto da el más pequeño síntoma de coordinación en sus ideas. Dick finge a las mil maravillas no dejándose coger en ningún momento y riéndose de todos en sus propias barbas.

El doctor Becker, que cree de buena fe en la amnesia de Dick, cuenta aquella tarde a la señora Russell y a Betty la idea que tiene para devolver al joven la memoria.

—Mediante la psicología aplicada le haré asociar ideas. Si le hago recordar subconscientemente un hecho vital de su pasado lograremos curarle.

—¿Quiere usted decir?—pregunta incrédula la señora Russell mientras devora los bombones que Dick solicita comer—. A mí no me ha reconocido y yo creo que soy un hecho verdaderamente vital de su pasado.

—No se preocupen. ¿Su juego favorito no era el rugby? Pues simularemos un partido de rugby, y así Dick al ver un hecho que en otros tiempos le emocionó profundamente volverá en sí.

Aquella misma tarde los Russell

preparan al personal de la clínica para que como un proceso curativo simulen un partido de rugby y despierten las ideas al pobre muchacho, pero Dick, que en el fondo está divertidísimo de la situación, no se ha dado por enterado. Ha cometido las mil barbaridades empujando rudamente a la señora Russell, y al doctor Becker lo ha tomado por su cuenta echándole en el lago del jardín de la clínica. Este último hecho le ha abierto los ojos al doctor Becker, que está convencido de que Dick no está atacado de amnesia. Sus energías y sus reacciones no son más que en sentido reactivo de venganza y de humorismo, no se le ocurre jamás nada favorable para los Russell y para él, hecho que demuestra a Becker, después de estar observando a Dick, que éste se aprovecha del estado en que se encuentra para hacer de las suyas. Mientras el infeliz doctor se baña para quitarse el barro que inundó su cuerpo, se lamenta furiosamente de la brutalidad de Dick. Potts no puede evitar a todas horas lo que precisa para él aquel famoso pagaré que amenaza ser su ruina comercial.

—El viernes vence el pagaré, Becker; necesito por todos los medios que recupere la memoria antes del viernes.

—Yo no sé que decirte, Potts; no puedo hacer nada. No basta que haya pisoteado mi corazón, se haya

burlado de mí, me haya quitado a mi novia, que todavía me arroja a una charca.

—Pero si él no sabía lo que hacía...

—No estoy yo tan seguro...

## BETTY PROPONE LA CURA DEL TALION

**E**N aquellos momentos entra Betty en la habitación donde se está bañando el doctor Becker, que se oculta rápidamente tras el departamento de vestirse. Betty, sin parar mientes en nada, le pregunta resuelta:

—¿No hay otro modo de curar la amnesia?

—Quizá un golpe en la cabeza sirviera.

—Haré la prueba, pero con mucho cuidado.

Betty está de acuerdo con el doctor Becker; el estado inconsciente de Dick no la convence. Además algunas veces ha sorprendido al mirarle que los ojos de Dick se turbaban

ligeramente y que los bajaba para mirar al suelo con pertinaz insistencia. Por otra parte, contra ella y Hank no demuestra la mayor animosidad, mostrándose en cambio constantemente indignado y nervioso contra los restantes. Lo más práctico para Betty es ir a la habitación de Dick y darle un golpe en la cabeza. Quizás con el golpe reaccione y comprenda que con ella no hay derecho a jugar. Betty quiso y quiere a Dick Matthews con toda su alma, y no desea otra cosa que él la hable con entera claridad. Es indudable que Dick ha querido a su hermanita Janet, pues si se decide a decírselo a ella misma claramente, Betty le dejará marchar para siempre y se resignará de perderle con tal de verle feliz. Estas reflexiones va haciendo

Betty por el pasillo que conduce al cuarto de Dick, cuando al entreabrir la puerta se da cuenta de que Dick no está solo. Habla con alguien. Desde donde está ella no puede comprender claramente las palabras; no obstante, al darse cuenta que el que por la parte posterior del edificio ha escalado la ventana de Dick, que está rodeada de tupidas rejas, es Hank, no se ve con ánimos de decirle una palabra. Hank entretanto está junto a Dick haciéndole las observaciones necesarias para que su fuga tenga éxito:

—¡Tengo el yate preparado para zarpar inmediatamente.

—Pero de aquí no puedo salir —responde Dick desesperado.

—Esta tarde a las seis di al enfermero que te saque al jardín; yo me encargo de lo demás. No te preocupes; todo saldrá bien.

—Y cuando encuentre a Janet zarparemos inmediatamente.

—¿Pero todavía piensas en ella? —pregunta Hank, asombrado—. Si sigues con esa idea no te saco de aquí, porque esto probaría que aun estás delirando.

—De eso hablaremos luego.

Betty ya tiene bastante para comprenderlo todo, sin decir a nadie una sola palabra de su idea. Llama a Janet por teléfono; quiere conversar hasta qué punto Dick la quiere, y

quiere al mismo tiempo salvarle de su hermana, que nunca le quiso. Si el se convenciera del egoísmo de Janet, no pensaría en ella constantemente.

Janet, que está en casa de una amiga, al oír la llamada telefónica suponiendo que es para ella, se pone rápidamente al aparato. La voz temblorosa de Betty le revela toda la verdad de lo que está ocurriendo en la clínica del doctor Becker.

—Janet, debes venir al punto. De seguro a ti te recordará.

—Claro que sí. Si me hubieses avisado antes ya estaría curado.

—Ven lo antes que puedas.

—Si Becker está aquí no voy. Me daría mucha vergüenza.

—No, no, por eso no te preocupes; no está aquí. Se fué de viaje.

—Oye, Betty, ¿es furiosa la locura de Dick?

—No, ni por asomo. Lo que tiene es amnesia. Date prisa en venir, Janet; tú puedes curarle.

—Bien, ahí voy.

Becker, a quien Betty acaba de contar lo que ha visto, siente deseos de estrangular a Dick. Lo que ha hecho con ellos es, según Becker, una indignidad.

—Voy a darle un escarmiento ejemplar.

—Sí, pero no vayas a hacerle mucho daño.

—Déjalo de mi cuenta, Betty. Hay que darle el oportuno castigo a este jovencito que nos ha estado torciendo a todos el pelo.

Y llamando a un practicante de su clínica le ordena:

—Prepare al señor Matthews para la cura hidroterápica.

La cura hidroterápica es uno de los procedimientos que emplea el doctor Becker para curar a sus pacientes. En realidad el que resiste esta prueba se salva irremisiblemente porque demuestra tener unos pulmones de hierro y unos nervios a prueba. La cura hidroterápica, más que una cura, es un tormento que consiste en sumergir al enfermo en una piscina llena de agua helada, con grandes pedazos de hielo flotando en ella. Al contacto del agua fría los nervios cerebrales, según el doctor Becker, se excitan y el paciente recuerda entonces el por qué ha de sufrir tan terrible prueba. Este es el baño que han preparado para el inocente Dick Matthews, que está muy tranquilo en aquellos momentos ignorando lo que se le viene encima.

Las seis de la tarde se aproximan

y Hank merodea por el parque de la clínica convencido que de un momento al otro saldrá Dick a pasear con su enfermero. Dick mira insistentemente el reloj, cuando de pronto el practicante a quien el doctor Becker encargó antes la preparación de la cura entra a buscarle a su cuarto. Dick, contentísimo, se alegra de la coincidencia, seguro de que ahora logrará fugarse tranquilamente.

Entretanto la señora Russell le comunica a su hija Betty que Janet acaba de llegar. La ha visto por el jardín y se lamenta:

—Janet ha llegado. ¡Ah!... Si se hubiera casado con una de vosotras cuando estaba en sus cabales, ¡qué magnífico negocio hubiéramos hecho!

Betty ni responde a su madre, porque juzga inútil toda protesta. En efecto, Janet entra ataviada con un lujoso traje de tarde que realza sus encantos y su belleza excepcional.\* Janet, segura de su poder y de sus atractivos, viene convencida de que a la primera palabra Dick la reconocerá y se echará en sus brazos.

## FUCA QUE SE CONVIERTE EN DUCHA

**E**l paseo del amnésico no se ha realizado tan favorablemente como él suponía. Una vez han salido de su habitación, al pasar frente a la sala de hidroterapia, los enfermeros y practicantes han tomado a Dick por su cuenta y a viva fuerza le pretenden zambullir en la piscina. Dick, naturalmente, resiste desesperado al darse cuenta de los enormes trozos de hielo que flotan en el agua. Sus gritos son horribles, simulando sufrir un ataque de locura para que los enfermeros se alarmen y le dejen, pero ellos que tienen instrucciones concretas del doctor Becker, no ceden y se arma un escandalazo monumental.

Janet, que está en la habitación contigua con Betty y su madre, al

oir los gritos desesperados de Dick se asusta y teme no sea un loco peligroso. El momento es de enorme gravedad para Janet, que se encuentra entre el que fue su prometido y el hombre que ha acabado de enloquecer por culpa del terrible desengaño sufrido junto a ella. Janet se niega a pasar, pero Betty la arrastra a viva fuerza.

Dick está lanzando unos furiosos alaridos imitando el chillar de un perturbado, para ver de intimidar a los enfermeros que están a punto de sumergirle en la helada piscina. Becker les anima para que cuanto antes logren bañar al pobre muchacho, que si se salva de la amnesia, cogerá indudablemente una pulmonía. A los gritos de Becker, llamando la

atención de los enfermeros, Janet se niega rotundamente a entrar.

—Oí a Becker. Me voy, no entro.

Pero Betty, cogiéndola por el brazo, no le permite marcharse:

—Tú te quedas. ¡Pues no faltarás más!

Por último el pobre Dick ha dado con sus huesos en el fondo de la piscina sufriendo la impresión física más violenta de toda su existencia. Becker se acerca al borde de la piscina y le pregunta:

—¿Se acuerda usted de Alaska, señor Matthews?

—Sí, si me acuerdo. Pero allí no hacía tanto frío. Sáquenme de aquí, por favor, se lo ruego. Me muero...

Becker, compadecido al fin de Dick Matthews, da orden para que le saquen del baño helado; y el pobre Dick, dando diente con diente, es envuelto en una sábana mientras lo aplican un masaje reactivo para que la sangre le vuelva a circular. Becker acaba de ver bien claramente que Dick estuvo fingiendo constantemente, que ni un solo momento perdió la memoria y que ha estado siempre en su perfecto juicio.

Betty, arrastrando a Janet, y seguidas de la señora Russell, entran en el cuarto de hidroterapia. Janet protesta en vano diciendo:

—Yo no entro ahí. Yo no entro. Déjame...

Pero Betty más enérgica le repite:

—Tú entrarás aquí aunque sea a rastras.

La señora Russell al ver a Dick envuelto en la sábana tendido sobre una mesa de operaciones, exclama desolada:

—¡Oh!, Dick, hijo mío, pareces una momia egipcia. ¿Verdad que sí Potts?

Betty ha arrastrado a Janet hasta el borde de la mesa donde se encuentra tendido Dick, diciéndole con gran energía a su hermana:

—Dile algo.

Janet, turbadísima porque se encuentra ante el doctor Becker, se acerca a Dick y le mira profundamente a los ojos llamándole, pero los ojos de Dick, que siempre se agrandaban ante ella, y el aspecto de su rostro se alteraba, no da señales de reconocerla, todo lo contrario, sino que poniendo un extraño gesto de desagrado, demuestra ostensiblemente que no le es agradable la presencia de Janet en aquellos momentos.

Betty aprovecha el momento para sacar partido de la situación y poder revelar a Dick, convencidísima de que se enterará de lo que dicen, la verdad de los sentimientos de su hermana.

—No se acuerda de ti, Janet, qué dolor...

—No, no se acuerda...—responde Janet algo desencantada.

—No se acuerda ni de lo que sufrió en Alaska mientras tú cazabas a Becker.

—No sé de qué me hablas—responde la hermosa joven al darse cuenta de que todos los presentes se enterarán de sus egoísmos, pero Betty, imperturbable, continúa sin hacer caso de su indignación.

—Ni comprende que rompiste con Becker al saber que él tenía mayor fortuna.

El enamorado doctor Becker que estaba presente en la discusión de las dos hermanas, mira con gesto de reprocho a Janet, diciéndole tristemente:

—¿Pero es posible eso, Janet?

—No lo sé—responde la joven con gran dominio de sí misma—Decidme, ¿cuánto durará esta amnesia?

—Quizás, años y más años.

Potts, al oír estas palabras del doctor Becker, vuelve a su cantinela:

—Tiene que estar bien antes del viernes, vence el pagaré, si no se cura es mi ruina.

Betty continúa acusadora y violenta:

—Ya no podrás ganar comisiones a costa de él, Potts.

—Janet, a ver si consigues devolverle la memoria. Esfuérzate, procúralo. Tú fuiste el todo de su vida. Si no recuerda tu rostro no se acordará de nadie.

—De qué me sirve hoy su fortuna si está loco...—dice imprudentemente Janet.

Betty, que acaba de ver bien claramente el egoísmo de su hermana, continúa agitada:

—Por culpa de los Russell. Tú con tus engaños y Potts con sus acciones, sus cheques y sus pagarés, y no se diga de mansá, todo el día repitiendo la misma canción hipócrita y molesta: titin, riquín, Dick, riquín. Es para acabar con la paciencia y con la razón de una persona.

La señora Russell salta indignada al oír las palabras de su hija menor protestando:

—¿Yo le mandé volverse loco?

—Hasta me explicó que fingiese tener amnesia.

—¿Fingir? —pregunta Janet al poder imaginar que su ex novio haya oído todo cuanto ha dicho Betty.

Pero Betty que está siempre atenta a cualquier palabra de su hermana, la detiene.

—Desgraciadamente, Dick el po-

bro no finge. Ha perdido la memoria, y está loco, loco perdido...

Janet rabiosamente exclamaba mirando a su madre, ante el gesto compungido del pobre doctor Becker.

—Mamá fué la que me instó a que me casara con él por su dinero, que yo te quería a ti...—continúa la joven para no quedarse en el último caso sin novio.

—¿Qué dices, es posible, Janet?

—Pues claro que sí, Becker. Yo te quería a ti, mamá siempre nos dijo que debíamos casarnos por dinero. Dick se marchó a Alaska, yo no le quise nunca, flirteé con él porque sí antes de marcharse; al regresar con una mina de oro y un yate, y al encontrarnos todos arruinados, me indujeron a que me ca-

sara con él. Luego pasó lo de Betty, pero yo siempre te he querido a ti...

El doctor Becker, loco de alegría, no se da cuenta de la espantosa desfachatez con que miente la hermosísima Janet, y tomándola del brazo sale con ella de la sala hidroterápica tan alterado como si hubiera sido él el que recibía el baño de hielo.

La señora Russell, indignadísima, protesta contra las palabras de su hija, que la calumnia a los ojos de los que tenían que ser sus yernos.

—Qué mentira. Es tan embustera como lo era su padre, me ponía verde...

Betty, al ver que su hermana ha dicho lo que ella deseaba que repitiera ante Dick, lanza un suspiro de satisfacción.

## EL ANHELADO DESPERTAR

**L**A señora Russell sale desesperada tras Janet con ánimo de increparla rudamente. Potts hace lo mismo y Betty, al quedarse sola con Dick, le sonríe de una manera deliciosa.

Dick, entretanto, ha estado quieto, callado, simulando haberse dormido, pero no ha perdido una sola de las palabras que dijeron los Russell. Dick se ha dado cuenta entonces de que Janet no le quiso nunca, que todas las amabilidades de la señora Russell fueron fingidas, que Potts es un rematado sinvergüenza y de que la única persona digna que hubo en la casa y que siempre le quiso, no es otra que Betty, la adorable Betty que enamorada de él ha sufrido con toda intensidad durante

los momentos en que él pretendía abandonarla. Por otra parte, también él ha reaccionado y se da cuenta de qué a la única persona a quien quiere sinceramente es a Betty, esa adorable criatura rubia y exquisita que le ha regalado todo su amor en la plenitud de su juventud y de su belleza, esta niña adorable que aun perteneciendo a una familia de egoístas e interesados es capaz de guardar para él todo el altruismo y toda la sinceridad de su cariño. Diga lo que diga Hank se casará con ella antes de ocho días. Betty, creyendo que Dick duerme en realidad, se dispone a salir de la habitación, cuando Dick, abriendo los ojos la mira, entonces Betty soltándole las ligaduras que le mantienen adherido a la cama, le dice con ironía:

—Creo que ya es hora de soltarte.

Dick se levanta y le dice persuasivo:

—Betty, perdóname...

—¿Que te perdone? ¿De qué? Ahora no me acuerdo nada más que del día que prometiste casarte conmigo. Tú no te acordarás seguramente... a causa de la amnesia.

—Yo no tengo amnesia, Betty, nunca la tuve... lo hice porque convencido de que no te quería aprovecharé esta excusa para no casarme contigo.

Betty, al oír estas palabras dichas en un momento de sinceridad por Dick, siente que sus ojos se llenan de lágrimas y le pregunta dudando:

—¿Criste que no me querías?... ¿Que no querías casarte conmigo? Dick... ¿es posible que hayas podido ser tan cruel conmigo?...

—Perdóname, Betty, estaba equivocado por completo, equivocado completamente...

Betty, avergonzada de haber tenido que soportar los desprecios de Dick, huye de la sala hidroterápica, pero Dick, envuelto en una sábana como un fantasma, la persigue acabando por alcanzarla pidiéndole insistentemente perdón.

Sincero es el perdón que pide Dick; los momentos que ha pasado tendido en la sala de operaciones,

simulando encontrarse en amnesia absoluta y sin razón, han sido los suficientes para abrirle los ojos y darse cuenta de que Janet obró siempre bajo el impulso de la más despreciable codicia, la única persona digna de la familia Russell, es la que fue su prometida, y la muchachita adolescente joven y adorable que tanto le ha querido, la idea de volver a reconquistar su amor y su corazón se posesiona de Dick, que sin darse cuenta de ni cómo va vestido, corre tras ella desesperado. De aquella sala hidroterápica, y ante una piscina cubierta de bloques de hielo saldrán prometidos y se casarán rápidamente porque su corazón, en contraste con toda la frialdad que le rodea, es un volcán encendido. Betty mantiene la actitud más digna y más correcta, negándose a responderle y demostrando una gran frialdad, además, siente Betty la convicción de que Dick no la quiso nunca, que lo único que sintió hacia ella fue una simpatía nacida del inmenso despocho que despertó en él el desprecio de Janet Russell. Por eso Betty vacila, y casi se conmueve...

La joven no desea otra cosa que perdonarle, pero naturalmente hay que mantenerse en su puesto. Desde el primer momento que se vieron siempre fue Betty la que demostró

su amor a Dick Matthews, mientras él enloquecía de pasión por su hermana, la hermosa Janet. Dick, que ha alcanzado a Betty, la estrecha entre sus brazos, cuidando de que no le caiga la sábana que le pondría en una violentísima situación...

—Betty, yo estaba equivocado. No sabía lo que me hacía. Betty, perdóname, ten compasión de mí.

—Y recurriste a esta treta infame, con lo que yo te quería...

—Betty, escúchame por favor.

—No quiero ni oírte. Vete con Janet que tanto te quiere. Vete con ella. Yo ya encontraré otro hombre que me quiera más que tú.

—Betty, sinceramente, estoy arrepentido, y además enamorado de ti. Ahora me doy cuenta.

—Estás loco de atar.

Esta conversación la sostenían nuestros dos jóvenes persiguiéndose en la magnífica sala hidrotérmica amenazando de un momento a otro caer al fondo de la helada piscina. Betty, para propinarle a Dick un escarmiento que ella juzgaba merecidísimo, toma por su cuenta un jarro de agua con ánimo de estrellárselo en la cabeza. Los gritos de Dick al darse cuenta del golpe que se le viene encima, son terribles.

—Betty, te digo que estoy cuerdo.

—No sé si lo estás ahora, pero lo estarás cuando yo te cure con un golpe en la cabeza...

—No lo necesito, Betty, estoy cuerdo...

Betty le sujeta por un extremo de la sábana y el joven se defiende diciéndole:

—¿No ves que te adora? No seas cruel.

—Más lo fuiste tú conmigo. Toma.

Y pegándole con el jarro lo rompe sobre el cráneo del pobre Dick que, esquivando a tiempo el golpe, no ha recibido daño alguno, pero para probar una vez más el amor de Betty simula caer al suelo sin sentido.

Betty, al ver a Dick desmayado, cree que le ha hecho daño efectivamente, y se arrodilla a su lado, abrazándolo tiernamente, y besándole con pasión. Dick permanece inmóvil mientras Betty le acaricia tan apasionadamente.

—Dick de mi alma, respóndeme. Dick de mi vida, no quise hacerte daño. ¿Es que no vas a perdonarme nunca? Dick, abre los ojos, por favor. ¿Te hice daño?

—No. Anda. Hazlo otra vez.

Betty, al darse cuenta de que Dick la ha engañado una vez más, se levanta con ánimo de dejarle esta vez para siempre. Dick se levanta.

ta de nuevo y corre tras ella con el mismo ímpetu de la primera vez llamándola amorosamente:

—Betty, no me comprendes. Oyeme. Quiero casarme contigo. Te quiero, te adoro.

—Yo no te quiero a ti ni regalado. Déjame en paz.

—Te idolatro, mi Betty adorada.

—Aquel amor murió de viejo. Ya pasó todo. Déjame. Olvidémonos.

—Yo te ofrezco un amor nuevo. Un amor que será para ti únicamente toda la vida.

—No sigas. Eso se lo dices a Janet.

—No, mi vida. Esto te lo digo a ti por última vez. Te quiero.

Y enlazando a Betty entre sus brazos la besa apasionadamente. Betty, al principio resiste, pero por último eleva sus torneados bracitos hasta el cuello de Dick, estrechándole contra su pecho enamoradísimo. La pareja resbala y cae en la piscina helada sin desenlazarse y sin darse cuenta del contacto del hielo. Al salir los dos lo hacen estrechamente abrazados. Betty Russell es feliz, ha triunfado su sinceridad y su nobleza.

A los cinco días el yate «Betty» partía majestuosamente a bordo al fiel Hank y la hermosísima señora Matthews, la adorable Betty que, casada con Dick y dichosa, ha

conseguido el amor de Dick a fuerza de sinceridad y nobleza.

Janet, entretanto, ha vuelto a pedir perdón al pobre doctor Baker, que, rendido de amor por la joven, acepta un matrimonio en la intimidad, y las dos parejas son, cada una en su aspecto, profundamente felices. La señora Russell ya respira tranquila, logró alcanzar al yerno que se proponía; pero los que son más intensamente dichosos son Betty y Dick; el último se ha dado cuenta del tesoro de mujercita, noble y buena que es la dulce Betty, y en las noches tropicales, cuando el yate surca las aguas tranquilas y una inmensa luna ilumina la cubierta del buque, la pareja enamorada, mirándose intensamente en los ojos, reviven aquellos momentos de angustia pasados, reviven todos los incidentes que estuvieron a punto de separarles, y piensan que nada les alejará ahora uno del otro más que la muerte. Mistress Matthews, la dulcísima Betty tiene ante sus ojos un porvenir maravilloso junto al hombre que siempre amó, y Dick Matthews, curado de su delirio por la que ahora es su cuñada, no piensa en otra cosa que en la adorable esposa que tiene a su lado.

El buen Hank, fumando su pipa al otro lado de la cubierta, reposa

tranquila, convencido que ya pasaron los momentos difíciles, y en tanto iluminado por la luz de la luna, acaba de pintar definitivamente el salvavidas, con el nombre

de Betty Matthews, el que no tendrá que borrarse jamás, porque Betty consiguió la felicidad al lado de Dick, debido a su bondad, y a la lealtad de sus sentimientos.

FIN

---

No pide usted una novela  
cinematográfica cualquiera

**EXIJA SIEMPRE**

**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS**

**BIBLIOTECA FILMS NACIONAL**

publicadas por **EDITORIAL ALAS** que es garantía de selección

# CANCIONERO POPULAR

(EL PRIMERO EN SU GENERO  
Y EL QUE TODOS IMITAN)

Precio: 50 cts.

## TANGOS ARGENTINOS

Imperio Argentina  
Carlos Gardel  
Aguarín Irusta

## CANCIONES DE PELICULAS

Imperio Argentina (Aixa)  
Imperio Argentina (Casmen)  
Estrellita Castro (Varias)

## TONADILLERAS

Raquel Meller  
Estrellita Castro  
Lola Cabello  
Conchita Piquer

## CANZONETISTAS

Pizurilla  
Enriqueta de Arce  
Goyita  
Amalia Molina  
Teresa Mansano

## CANCIONES DE JAZZ - HOT

Tino Rossi  
Manuel Casalba  
Nito Casanova

## CANTAORES GITANOS

Papa Bellestaros  
Mirco  
Narcy

## IMITADORES DE ESTRELLAS

Derkas

## CANTE FLAMENCO

Niña de los Peines  
Niño de Utrera  
Copero de Triana  
Niño de Marchena  
El Sevillano  
Maxelo Constantino

## EXCENTRICOS

Aladé  
Rafael Arco

## NÚMEROS EXTRAORDINARIOS

75 cts.

## JAZZ HOT

## LOS EXITOS DEL CINE AMERICANO

## MELODÍAS MODERNAS DE JAZZ

## LA COPLA ANDALUZA

Consuelo Moreno - Pilar Calvo  
Luis Maravilla

# CANCIONERO VII EPOCA

Número extraordinario: Una pta.

Los éxitos del JAZZ

Ritmos del JAZZ

Selección de TANGOS: J. Argentina - C. Gardel

Las Melodías de moda

IMPRESION A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

# Las grandes producciones-La mejor literatura-Los artistas célebres

SIEMPRE EN



## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la Nota . . . . .	G. Rogers
Ritmo loco . . . . .	E. Astaire
Margarita Gautier . . . . .	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín plateado . . . . .	Charles Collins
Mamá en caso . . . . .	Lil Dagover
Los dos niños de París . . . . .	C. Borghon
Maria Estuardo . . . . .	K. Hepburn
Melodía de Broadway . . . . .	Robert Taylor
Los dos pilletes . . . . .	Jacques Tavori
Apuesta de amor . . . . .	Gerá Raymond
La vuelta de Arsénio Lupin . . . . .	Warren William
Fuente de hombres . . . . .	Mickey Rooney
Máster Fieramosca . . . . .	Cino Cini
¿Es mi hijo? . . . . .	Lil Dagover
Bajo el manto de la noche . . . . .	Edmund Lowe
El mundo a sus pies . . . . .	Lily Pons
Espejismo en vida . . . . .	A. Nazari
Una pareja invisible . . . . .	C. Bennett C. Grant
La mujer sin alma . . . . .	John Boles
El dominó verde . . . . .	Danielle Darieux
Damas del teatro . . . . .	Kath. Hepburn
El detective y su compañera . . . . .	Zasu Pitts
Soborita en desgracia . . . . .	Fred Astaire
Los defensores del crimen . . . . .	Richard Dix
Una aventura de la Pompadour . . . . .	Kate de Nagi
La última avanzada . . . . .	Cary Grant
El poder invisible . . . . .	Boris Karloff
Melodía roja . . . . .	Willi Birgel
Titanes del mar . . . . .	Victor McLaglen
Las vacaciones del juez Harvey . . . . .	Mickey Rooney
Cupido sin memoria . . . . .	Ann Sothern

## BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última fella . . . . .	Miguel Ligeró
Gloria del Menapay (Los de Aragón) . . . . .	M. de Diego
La Doloresa . . . . .	Rosita Olaz
Rumbo al Cairo . . . . .	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento . . . . .	Lina Yegros
La reina mora . . . . .	Maria Arias

La millona . . . . .	R. de Santmaria
Rinconcito madrileño . . . . .	P. G. Velázquez
Maria de la O . . . . .	Carmen Amaya
Molinos de viento . . . . .	Pedro Tercel
(No quiero! (No quiero! . . . . .	José Baviera
La canción de Aixa . . . . .	I. Argentina
El barbero de Sevilla . . . . .	Miguel Ligeró
Carmen, la de Triana . . . . .	I. Argentina
Una traza hermanas . . . . .	Luisita Gargallo
Suspiros de España . . . . .	Miguel Ligeró
Bohemios . . . . .	Emilia Allago
Don Floripondio . . . . .	Valeriano León
Melodía de arrabal . . . . .	I. Argentina
En busca de una canción . . . . .	C. Gerdal
Los hijos de la noche . . . . .	Luchy Soto
Leyenda roja . . . . .	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche . . . . .	Juan de Orduña
Martingala . . . . .	Ramón Parada
Ráptalo usted . . . . .	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mujer fatal . . . . .	Celia Gómez
Tierra y cielo . . . . .	R. de Santmaria
Jai-Alai . . . . .	Maruchi Fréno
¿Quién me compra un lio? . . . . .	Inés de Val
La alegría de la huerta . . . . .	Maruja Tomás
	Flore Santacruz

## NUESTRO TEATRO 1'50 ptas.

Los intereses creados . . . . .	J. Benavente
La tabernera del puerto . . . . .	F. Romero y
Luisa Fernanda . . . . .	Fernández Shaw
Maria de la O . . . . .	León y Quiroga
Romance de Lola Montez . . . . .	L. F. Ardevín
El difunto es un vivo . . . . .	Prade e Iquino
Los claveros . . . . .	Carreño y Sevilla
Morena Clara . . . . .	Quintero y Guillén
La del manejo de reas . . . . .	Rarica de Castro y Carreño
La Malquerida . . . . .	J. Benavente

## BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina  
Miguel Ligeró

## BIBLIOTECA VICTORIA

1 poseta

Las chokas de Barcelona (2.ª edición)

EDITADO EN

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





2 Ptas.

10